

OJOS QUE NO VEN, CORAZÓN QUE NO SIENTE

1778-1929

CASTAS, MENTIRAS, SECRETOS & OLVIDOS

PÁG 2

*Negros en la nueva
(y vieja) España*

PÁG 2

*La Misión de
Argelejo*

PÁG 3

*El Abandono, la Trata
de Esclavos & los Krio*

PÁG 4

EXPLORACIONES IMPERIALES & MISIONES FOTOGRAFICAS

PÁG 8

*Los Viajes
de Iradier*

PÁG 8

*El Invisible
Rey Moka*

PÁG 9

*Las Crónicas
Claretianas*

PÁG 10

PALMERAS EN LA NIEVE:
EL *Cacao de
Fernando Póo*

PÁG 14

LA CONQUISTA
DEL CONTINENTE

PÁG 18

Rostro & Voz

*Trinidad
Morgades*

PÁGS 6-7

*El Padre
Carlos*

PÁGS 12-13

*José
Gabás*

PÁGS 16-17

CASTAS, MENTIRAS, SECRETOS & OLVIDOS



Cuadro de Castas N° 8 de la Colección Peruana "Negros bozales de Guinea producen Ydem". Madrid - España. Museo Nacional de Antropología.



Cuadro de Castas N° 9 de la Colección Peruana "Español y negra de Guinea o criolla producen mulato". Madrid - España. Museo Nacional de Antropología.

"Deseando Sus MAJESTADES CATÓLICA Y FIDELÍSIMA promover las ventajas del comercio de sus respectivos súbditos, las cuales pueden verificarse en el que recíprocamente bicieren de compra y venta de negros, sin ligarse á contratas y asientos perjudiciales, como los que en otro tiempo se hicieron con las compañías portuguesa, francesa é inglesa, las cuales fué preciso cortar ó anular, se han convenido los dos altos príncipes contrayentes en que para lograr aquellos y otros fines y compensar de algún modo las cesiones, restituciones y África renuncias hechas por la Corona de España en el Tratado preliminar de límites de 13 de Octubre de 1777, cedería Su MAJESTAD FIDELÍSIMA, como de hecho ha cedido y cede por sí y en nombre de sus herederos y sucesores á Su MAJESTAD CATÓLICA y los suyos en la Corona de España, la isla de Annobón, en la costa de África, con todos los derechos, posesiones y acciones que tiene á la misma isla, para que desde luego pertenezca á los dominios españoles del propio modo que hasta ahora ha pertenecido á los de la Corona de Portugal; así mismo todo el derecho y acción que tiene ó puede tener á la isla de Fernando del Po en el golfo de Guinea, para que los vasallos de la Corona de España puedan establecer en ella, y negociar en los puertos y costas opuestas á la dicha isla, como son los puertos del río Gabao, de los Camarones, de Santo Domingo, de Cabo Feroso y otros de aquel distrito, sin que por eso se impida ó estorbe el comercio de los vasallos de Portugal, particularmente de los de las islas del Príncipe y de Santo Tomé, que al presente van, y que en lo futuro fueren á negociar en dicha costa y puertos, comportándose en ellos los vasallos españoles y portugueses con la más perfecta armonía, sin que por algún motivo ó pretexto se perjudiquen ó estorben unos á otros."

Tratado de El Pardo, firmado el 11 de marzo de 1778.

Los Cuadros de Castas de la colección peruana, de autor desconocido y sin datar, se guardan en los almacenes del Museo Nacional de Antropología. El n°8 se llama "Negros bozales de Guinea producen Ydem" y el n°9 "Español y negra de Guinea o criolla producen mulato". Fueron traídos en 1770 desde Lima a Madrid para el recién creado Gabinete de Historia Natural. Constituyen dos ejemplos de una práctica pictórica que buscaba clasificar, i.e., poner imagen y nombrar, la gran variedad de tipos humanos fruto del mestizaje colonial en la Nueva España.

El desequilibrio en los títulos de las pinturas es revelador: en una de las partes, el sustantivo Español no necesita adjetivos y tiene nacionalidad conocida; mientras que en la otra, el papel de sustantivo lo hace un color identificativo, negro, -a, que es acompañado por dos elementos: un adjetivo delator, bozal, que significa 'negro recién sacado de su país'; y una difusa ubicación, de Guinea. La palabra Guinea, derivada de Ganuya -vocablo bereber que sirve de topónimo para 'tierra de los negros'- designaba una amplia región del mundo apenas explorada más allá de sus costas en ese momento. Todo aquel desconocimiento se ilustraba en los mapas con dibujos de animales medio inventados o dejando la superficie en blanco. Resulta preocupante que aún hoy se mantengan las mismas inercias en la representación visual

de lo africano: la ignorancia y el desinterés por las historias personales son perversamente disimulados mediante la pluralización, la exotización y la deshumanización del negro y la negra, a quienes se les niega la voz y sobre los que se duda de su capacidad para representar individual o colectivamente.

Negros en la Nueva (y vieja) España

La necesidad de mano de obra para la explotación del llamado Nuevo Mundo, un inmenso territorio fértil, virgen y disponible, provocó la mayor tragedia de la historia de la humanidad: el desplazamiento forzoso de varios millones de personas desde su África natal a los puertos americanos. La relación de España con el esclavismo negro ha quedado prácticamente invisibilizada a lo largo de la Historia, quedando fuera incluso de la Leyenda Negra. Es cierto que el aprovisionamiento a gran escala de esclavos para las tareas agrícolas en el continente americano estuvo en manos de compañías francesas, portuguesas, holandesas e inglesas, naciones todas ellas con factorías estratégicamente situadas en la costa occidental africana desde el siglo XVI. Pero también resulta evidente, gracias a la visible huella cultural y humana, que existía bastante población negra en la América española (se calcula que el 20% de las personas que fueron

llevadas al continente americano llegaron a los territorios españoles, un 15% a las islas del Caribe, especialmente a Cuba) y en diferentes puertos de la península ibérica como Sevilla, Cádiz y, por supuesto, Lisboa, desde donde los portugueses se habían establecido como la gran potencia del tráfico negro en el Océano Atlántico. Si hasta ese momento -el mismo en el que se estaban pintando los Cuadros de Castas- el papel de los barcos españoles en la trata de personas había sido menor, no era por una superior convicción moral o religiosa de sus armadores, sino debido a la falta de unas posesiones territoriales en las costas africanas que garantizaran el aprovisionamiento seguro y rentable de seres humanos. Como un intento tardío de evitar la situación de comprar seres humanos a barcos de otras banderas, el Reino de España inició una negociación con el de Portugal para conseguir un aumento de su presencia física en África. La demostración de esta inexcusable estrategia está en el comienzo del texto del Tratado de El Pardo, firmado el 11 de marzo de 1778: "Deseando Sus MAJESTADES CATÓLICA Y FIDELÍSIMA promover las ventajas del comercio de sus respectivos súbditos, las cuales pueden verificarse en el que recíprocamente hicieren de compra y venta de negros, sin ligarse á contratas y asientos perjudiciales, como los que en otro tiempo se hicieron con las compañías portuguesa, francesa é inglesa, las cuales fué preciso cor-

tar ó anular, se han convenido los dos altos príncipes contrayentes en que para lograr aquellos y otros fines y compensar de algún modo las cesiones, restituciones y África renuncias hechas por la Corona de España en el Tratado preliminar de límites de 13 de Octubre de 1777, cedería Su MAJESTAD FIDELÍSIMA, como de hecho ha cedido y cede por sí y en nombre de sus herederos y sucesores á Su MAJESTAD CATÓLICA y los suyos en la Corona de España, la isla de Annobón, en la costa de África, con todos los derechos, posesiones y acciones que tiene á la misma isla, para que desde luego pertenezca á los dominios españoles del propio modo que hasta ahora ha pertenecido á los de la Corona de Portugal; así mismo todo el derecho y acción que tiene ó puede tener á la isla de Fernando del Po en el golfo de Guinea, para que los vasallos de la Corona de España puedan establecer en ella, y negociar en los puertos y costas opuestas á la dicha isla, como son los puertos del río Gabao, de los Camarones, de Santo Domingo, de Cabo Feroso y otros de aquel distrito, sin que por eso se impida ó estorbe el comercio de los vasallos de Portugal, particularmente de los de las islas del Príncipe y de Santo Tomé, que al presente van, y que en lo futuro fueren á negociar en dicha costa y puertos, comportándose en ellos los vasallos españoles y portugueses con la más perfecta armonía, sin que por algún motivo ó pretexto se perjudiquen ó estorben unos á otros."



Monumento conmemorativo de la toma de posesión del Brigadier Conde de Argelejo. Bahía de Luba - Guinea Ecuatorial, 2017.

"Estas Islas por sí mismas, nada pueden producir en beneficio al Estado, pues todo lo que puede exigirse de ellas es menor al dispendio que le ha de costar sostenerlas con decoro."

Noticias, Documentos y Avisos, expedición de 1778 - Conde de Argelejo

La Misión de Argelejo

La presencia de España en los territorios del Golfo de Guinea empezó con una primera mentira: un desigual intercambio de tierras con Portugal mediante el cual los portugueses completaban sus posesiones al sur del actual Brasil y los españoles obtenían, por fin, un puerto propio en África en el que conseguir esclavos y establecer una escala segura entre la Península y las Islas Filipinas. El territorio resultó no ser tan aprovechable como los portugueses aseguraban: las islas eran más pequeñas y estaban menos habitadas de lo esperado, no había mapas ni infraestructura ninguna y los supuestos derechos comerciales con la parte continental eran de difícil aplicación en un terreno bastante hostil, de clima y naturaleza poco aptos para los europeos. El Brigadier Conde de Argelejo recibió el encargo de ejecutar el acuerdo fijado en el Tratado de El Pardo y zarpó en misión secreta desde el Río de la Plata hacia el Golfo de Guinea el 17 de abril de 1778. Su objetivo era poder llegar a los nuevos territorios españoles lo antes posible y evitar posibles injerencias de terceros países. Las naves Virgen de la Soledad y Santa Catalina arribaron a la cercana Isla del Príncipe, perteneciente a Portugal, a finales de junio, aunque la correspondiente expedición portuguesa no alcanzó ese mismo puerto hasta tres meses después, debido a una mala derrota practicada que les acabó

llevando a Pernambuco, en Brasil. Durante esas semanas de espera, la misión española se tornó en desastre: empezó a escasear la comida, la tripulación enfermaba y la tensión entre los mandos iba creciendo. En las sucesivas Noticias, Documentos y Avisos que el Brigadier manda a sus superiores se siente la tensión entre el deber asumido y las dificultades sobrevenidas. Incluso en estas adversas condiciones, Argelejo intenta cumplir con los objetivos de la misión: representar a España dignamente, observar el comercio de esclavos y demás mercancías, así como explorar la región y sus posibilidades. Finalmente, tras la toma de posesión formal de la isla de Fernando Póo el 24 de octubre de 1778, sus conclusiones no pudieron ser más pesimistas; pocas semanas antes de morir por unas fiebres, escribió, rumbo a Annobón: "Estas Islas por sí mismas, nada pueden producir en beneficio al Estado, pues todo lo que puede exigirse de ellas es menor al dispendio que le ha de costar sostenerlas con decoro." Además, el Brigadier dejó sus recomendaciones sobre una inicial estrategia colonial, unos pasos que no fueron aplicados hasta mucho después: "Que se haga el establecimiento en Fernando Póo, procurando por todos los medios atraer a civilidad a los naturales, imponiéndoles un yugo muy suave, cebándolos en la utilidad de la venta de sus frutos para empeñarlos al cultivo, y atraerlos con dulzura y maña a la Religión, de suerte que éstos mismos la

deseen y procuren, sin que adviertan demasiado conato o empeño en arrastrarlos y sugatador a ella, para precaver lo atribuyan a fin particular de interés nuestro."

Salgo de Malabo. C., el chofer bubí, conoce un atajo a la carretera de Luba para evitar las barreras y ahorrarnos dinero y problemas. La autopista de tres carriles está señalizada con los mismos carteles, colores y tipografías que en España. Atravesamos una mezcla de selva y edificios de cristal, muchos de ellos construidos por los chinos. Mármol y extravagancia. Cruzamos la obra parada de Malabo Gates, unas torres gemelas unidas por una estructura horizontal sobre la carretera. Poco después, un camino de grava con charcos y socavones nos conecta con la nueva autovía hacia el norte de Bioko. Pasamos la antigua fábrica de Chocolates Elgorriaga, cuya famosa campana -que tan extraña se me hacía de niño- era una campana bubí. Ceibas gigantes y bosques de bambú. Casas de madera descolorida con porche y barecitos con mesas de plástico de cerveza San Miguel. "Todo con lo que se pueda ganar algo de dinero es fang", asegura el conductor. Suenan la música en el Pioneer con DVD. "Nunca verás un poblado bubí cerca de la carretera" remarca mi otro acompañante, el escritor Héctor López-Arango. Llegamos a la primera barrera, basta con enseñar el pasaporte; esta vez no hace falta sobornar a nadie. Observo la caldera de

Luba colgada en el horizonte, el cielo es azul y las nubes sólidas. Es el comienzo de la estación seca y ya hace calor. Tras descender un promontorio alcanzamos la amplia semicircunferencia que los ingleses llamaron West Bay y los españoles Bahía de San Carlos, el mejor puerto natural de toda la isla y el lugar exacto de la llegada del Conde de Argelejo. El último tramo de carretera antes de llegar a Luba ocupa el espacio justo entre el río Tiburones y el mar. "Recuerdo el sonido de los cangrejos al morir aplastados bajo las ruedas del coche de mi padre", dice Héctor, citándose a sí mismo en su emocionante Recuerdos al amor de un fuego en África, en el que cuenta su infancia y juventud en Guinea. A la derecha de la vía aparece, ennegrecido por el salitre, un gran obelisco de piedra delante de una fila de palmeras reales que disimulan los bloques de hormigón con los que la paranoia gubernamental decidió cegar la playa para evitar ataques por mar. El monumento, que conmemora la toma de posesión de la isla por parte de España, está en buen estado de conservación y la leyenda esculpida sigue bien visible en color dorado sobre la oscura roca. Al final de la misma puede leerse: "Loor al Conde de Argelejo, Adelantado de España en Guinea y a los jefes y oficiales y soldados y marinos que desempeñaron la misión." En el suelo, alrededor de las piedras, las pequeñas mimosas se tumban cuando las tocas con la mano, como haciéndose las muertas.



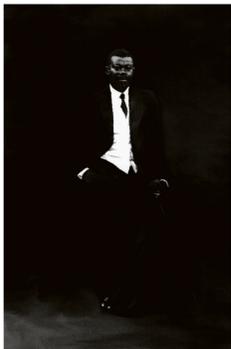
Pedestal vacío del naviero Antonio López, Marqués de Comillas. Barcelona - España, 2018.

El Abandono, la Trata de Esclavos & los Krio

En realidad la misión de Argelejo fue un fracaso que acabó en muerte, motín y retirada, así que la Historia cambió de rumbo y durante casi cien años la presencia española fue nula en estos pequeños territorios africanos, recién sumados a un Imperio Español en franca descomposición debido a los procesos de independencia de las colonias americanas y con conflictos abiertos en el sur de los actuales Estados Unidos. Tras abolir la esclavitud en su territorio en 1807, Inglaterra se propone -con relativo éxito a lo largo del siglo XIX- acabar con la Trata de Esclavos en todo el Océano Atlántico. Para ello se instala en la estratégica Isla de Fernando Póo, funda la ciudad-puerto de Clarence y extiende la presencia de sus barcos en este territorio nominalmente español. Un movimiento que facilita el establecimiento del comercio propio, de la iglesia protestante y el traslado a este lugar de algunas familias de esclavos libertos procedentes de las colonias inglesas de las actuales Liberia, Sierra Leona y Nigeria. Tras décadas de abandono, y después de recibir una oferta de compra por parte de los ingleses, el interés del gobierno español por la isla verde parece reavivarse. En 1843, el Comandante Juan José de Lerena vuelve a tomar posesión de la misma y cambia el nombre de la ciudad por el de Santa Isabel, en honor de la Reina Isabel II. En esos lugares residen ya varias familias de negros africanos con apellidos anglosajones como Vivour, Jones, Dougan, King, Barleycorn, Collins... Los autodenominados Krio, más tarde llamados Fernandinos por los españoles, formaban una clase social aparte, habían sido educados por los ingleses y estaban económicamente bien posicionados: poseían casas, tierras y recursos suficientes para explotarlas. Estas influyentes familias, anglofonas y protestantes, jugaron un papel clave en el desarrollo de las ciudades de San Carlos

y Santa Isabel desde el siglo XIX y siempre convivieron en un curioso equilibrio con los españoles que fueron llegando a la isla, tanto con los de la Espada como los de la Cruz, como, por supuesto y más adelante, con los de los Escudos, los Reales y las Pesetas. En 1859, cuando no había apenas católicos en Santa Isabel ni en Fernando Póo -los primeros 128 colonos valencianos enfermaron y murieron en pocos meses-, los Jesuitas recibieron la difícil misión de explorar el territorio y extender por él la fe cristiana y la cultura española, en competencia directa con lo inglés: "En una colonia española, es justo que todo sea español; y que los habitantes estos que reciben la protección del Gobierno español, a lo menos sean o estén dispuestos a vender a los españoles, si no con preferencia, con igualdad a unos y a otros, a los españoles igualmente que a los ingleses. Con esto se destruiría la influencia inglesa, que tanto perjuicio causa a los intereses nacionales" denuncia el Padre Irisarri en 1859. La tarea no pudo ser completada por la Compañía de Jesús que, presa de las enfermedades, abandonó la isla en 1872, proponiendo José Irisarri algunas ideas para el desarrollo futuro de la colonia: "Es una rémora para su próxima prosperidad que la correspondencia de España para esta isla y viceversa esté confiada a una sociedad de buques extranjeros: muchos de los artículos importados por ellos e indispensables aquí cuestan muy caros, porque los comerciantes ingleses sólo están contentos cuando ganan un ciento por ciento. Los tales artículos abundan en España y en Canarias; y estableciendo una línea de vapores de la metrópoli que, con la correspondencia, proveyesen de ellos a esta isla, sería más decoroso para la nación, la ganancia quedaría para los españoles y habría más facilidad y mayor aliciente para que capitalistas españoles viniesen a emplear sus sumas en este país." Estrategia que fue puesta en práctica a partir de 1888, cuando la naviera de los hijos de Antonio López, Marqués de Comillas,

obtuvo el monopolio de la línea entre Cádiz y Santa Isabel bajo el nombre de Compañía Transatlántica. Antes, en 1861, el mismo Antonio López, cuyos barcos habían participado en el tráfico negrero pese a los tratados hispano-británicos, consiguió la concesión exclusiva de los trayectos entre España y las islas del Caribe y en 1862, en uno de sus barcos, se habían trasladado desde La Habana a Santa Isabel doscientos emancipados de pleo derecho, algunos de los cuales -como los Balboa- se establecieron definitivamente en Fernando Póo mezclándose con los Krio.

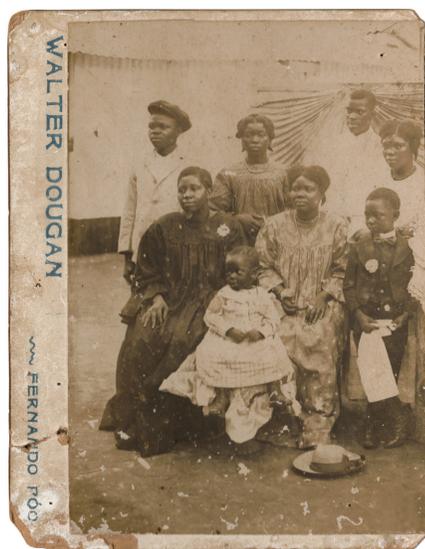


M.C. Jones, el hombre más influyente de la comunidad Krio. Santa Isabel - Fernando Póo, circa 1930. Colección Gerardo Jones.

Leo las letras esculpidas en un pedestal vacío: "... España ha perdido uno de los hombres que más grandes servicios le han prestado (telegrama de S.M. El Rey D. Alfon-

so XII)". "Gran naviero, senador vitalicio y primer Marqués de Comillas". Ayer mismo, una mañana de domingo, el Ayuntamiento de Barcelona retiró la estatua de Antonio López que presidía la plaza a la que daba nombre no lejos del puerto. Me cuentan que hubo una fiesta de despedida con actuaciones y talleres infantiles animados por una mujer guineana, una chocolatada aderezada con fuegos artificiales y la imprescindible presencia de la prensa y la televisión. La acción del consistorio se enmarca dentro de una polémica revisión del nomenclátor de la ciudad y no deja de ser un hecho simbólico que, si se pretende continuar de modo coherente, puede llevar a reescribir gran parte de la historia de la ciudad. Barcelona fue la verdadera metrópoli colonial española en los siglos XIX y XX, el puerto comercial generó gran parte de las fortunas de las poderosas familias de la burguesía catalana que posibilitaron el desarrollo de barrios como el Eixample y el mecenazgo de artistas como Antoni Gaudí y Jacint Verdaguer, un poeta que precisamente dedicó al entonces prohombre Antonio López su poema épico L'Atlantida. Toda ciudad es, capa tras capa, un archivo en sí misma: los nombres de las calles, los monumentos triunfales, los bellos edificios. Ahora, en el nuevo panel explicativo hay un texto titulado Historia de esta plaza, la frase final dice en catalán, inglés y castellano: "... Debido a la connotación histórica negativa y nada ejemplar del personaje, en el 2018, el Ayuntamiento de Barcelona retiró el monumento." Parece ser que el nombre propuesto para rebautizar la plaza es el de Idrissa Diallo, fallecido en 2012 tras su estancia en el Centro de Internamiento de Extranjeros de la Zona Franca de Barcelona. La estatua depuesta irá al Museo de Historia de la ciudad pese a las peticiones de cesión de algunas administraciones cántabras, región de nacimiento de Antonio López.

Sigo el rastro del Marqués de Comillas hasta el Hotel 1898, anunciado como "Estilo



Habitantes de Casa Teodolita fotografiados por Walter Dougan. Santa Isabel - Fernando Póo, 1908. Colección Trinidad Morgades.



Teodora, Lorenza y Teófilo Dougan, el futuro primer abogado negro de España. Santa Isabel - Fernando Póo, Circa 1900. Colección Trinidad Morgades.

"En una colonia española, es justo que todo sea español; y que los habitantes estos que reciben la protección del Gobierno español, a lo menos sean o estén dispuestos a vender a los españoles, si no con preferencia, con igualdad a unos y a otros, a los españoles igualmente que a los ingleses. Con esto se destruiría la influencia inglesa, que tanto perjuicio causa a los intereses nacionales"

Misión de Fernando Póo, 1859 - P. José Irisarri.

Colonial en Las Ramblas de Barcelona". El edificio fue encargado por Antonio López al final de su vida como residencia familiar y a partir de 1929 albergó la sede de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, fundada por él y considerada la primera multinacional española. En los bajos del edificio que dan a la calle Xuclá está la Granja Viader, un negocio centenario donde en 1923 inventaron el Cacaolat: leche, azúcar y cacao traído de Guinea. Entro y me tomo un chocolate con melindros.

Los vínculos comerciales y humanos entre Barcelona y, especialmente, la isla de Fernando Póo, hoy Bioko, son muy fuertes desde hace décadas. Tras la independencia, la mayor parte de los fernandinos que se exiliaron a partir de 1969 lo hicieron en la ciudad condal, lugar donde poseían viviendas en propiedad en la zona alta, por encima de la Diagonal. Muchos de ellos, que ya habían estudiado en la Universidad de Barcelona, se establecieron como españoles en Cataluña, se ayudaron unos a otros y mantuvieron la costumbre de seguir casándose entre ellos. Me siento en la terraza del Bar El Patrón con Gerardo Jones, nieto del mítico Maximiliano Cipriano Jones del que recuerda: "Mi abuelo fue un hombre extraordinario, era enorme y siempre llevaba un bastón. Cuando los domingos íbamos los nietos a verle a su casa de San Carlos nos daba caramelos y algunas pesetas. A pesar de lo que cuentan, ayudó a mucha gente y su vida fue muy interesante, me hubiera gustado tener más información sobre él. De lo que yo me acuso es de no haber sido más curioso y haber preguntado más cosas a mi padre y a mis tíos y tías." La madre de Gerardo Jones vive con él y con su esposa en un piso de la calle Aribau, tiene 104 años y se apellida Dougan. Su mujer es hija de Teófilo Dougan, el primer abogado negro de la universidad española, lo que hace que Gerardo y sus hijos tengan los mismos apellidos: Jones Dougan. Cuando estuve en su casa de Malabo, el

músico Fausto Luis Dougan me contó que la fuerte relación entre ambas familias empezó en el momento en que Maximiliano Jones le cedió a su amigo Walter Dougan dos de las cinco hectáreas de tierra que William Vivour, primer terrateniente negro de San Carlos, le dio como recompensa por su excelente trabajo. De ese modo, el abuelo de Fausto Luis -con el que hablé en Malabo- y el abuelo de Gerardo -con el que estoy ahora en Barcelona-, establecieron una alianza gracias a la que ambos prosperaron con rapidez: compraron más tierras, abrieron comercios, construyeron casas, hicieron negocios con todo el mundo y, para mantener el control de su fortuna, emparentaron a sus primogénitos. Tras la llegada al poder de Francisco Macías, sus descendientes, perseguidos y en algunos casos asesinados, acusados de ser amigos de los blancos y explotar a otros negros, fueron saliendo como pudieron de Guinea Ecuatorial y acabaron extendiéndose por España, Inglaterra y Estados Unidos. "Las nueve estirpes de los Jones somos una auténtica tribu, precisamente este fin de semana nos reunimos todos en Madrid para ver si nos ponemos de acuerdo y liquidamos la sociedad Herederos de M.C. Jones." cuenta Gerardo Jones mientras enciende de nuevo su puro. "La independencia se celebró y unos meses después todo estalló violentamente. Nadie intuía nada, en esa época seríamos unos 150 krio, no más. A la gente nuestra nos hubiera gustado seguir viviendo como antes, unidos unos y otros. Ojalá la Autonomía hubiera durado hasta hoy, los últimos cuatro años fueron una maravilla. Yo era amigo de todos -nunca me he metido en política- pero me avisaron de que mi nombre estaba en una lista por ser de la familia que era. No quiero entrar en detalles. Saqué a mi mujer y a mis hijos del país y yo salí en cuanto fue posible. Me obligaron a firmar un documento del P.U.N. (Partido Único Nacional, fundado por Macías tras la independencia) y hasta que no despegó mi

avión no estuve tranquilo" me cuenta mirándome con sus ojos extrañamente azules. "No volví hasta treinta y tres años después", continúa. "En 1975 quise ir, pero unos amigos de mi mujer nos llamaron para decirnos que no se me ocurriría hacerlo, que en cuanto bajara del avión me detendrían. En 1979 íbamos en el coche hacia Andorra y oímos por la radio que Teodoro Obiang había dado un golpe de estado contra su tío. Parecía que las cosas mejorarían, pero no tuve garantías para poder viajar a Guinea hasta 2002. Mi madre me dijo que habíamos trabajado mucho en aquel país y que tenía que intentar recuperar lo nuestro" añade un Gerardo Jones que sigue haciendo memoria: "Se me cayó el alma a los pies cuando me bajé del avión. La ciudad, que era como un jardín, estaba sucia y destrozada. Las calles oscuras y horribles daban pena. Lo que había sido Santa Isabel y lo que era ahora Malabo. Lo digo sin nostalgia. He vuelto muchas veces después, discretamente, a arreglar algunas cosas con el abogado y a vender algunos terrenos. Me gustaría ir una última vez, pero no por nada; el país que recuerdo ya no existe y yo me considero tan español y catalán como el que más."

La Casa Teodolita, llamada también Bigios (Casa Grande, en pichin) es el edificio más antiguo de Malabo. Una placa en su puerta dice que fue construida en 1902. El primer piso es de obra y el resto de madera. En el contador de la luz pone Catalina Dougan escrito con rotulador negro. Hablo con un hombre sin camiseta que se afeita a ciegas en la puerta. Sangre roja sobre piel marrón. Me cuenta que vive allí desde que nació. Más tarde Fausto Luis Dougan me dirá que es su reprimido: sus padres y sus madres son hermanos. Su casa también es muy antigua, de 1922, para llegar a ella hay que preguntar por "Los Cuatro Ases", el restaurante de enfrente. En Malabo nadie conoce el nombre de las calles, así que siempre te dan una referencia cerca

na para que encuentres los sitios. La parte de abajo está alquilada a unos comerciantes chinos. Subo unas escaleras que llevan a la primera planta. Llamo a la puerta y sale mi anfitrión, silueta flaca recortada a contraluz. Mira a los lados antes de dejarme pasar. El salón del avión me detendrían. En 1979 íbamos en el coche hacia Andorra y oímos por la radio que Teodoro Obiang había dado un golpe de estado contra su tío. Parecía que las cosas mejorarían, pero no tuve garantías para poder viajar a Guinea hasta 2002. Mi madre me dijo que habíamos trabajado mucho en aquel país y que tenía que intentar recuperar lo nuestro" añade un Gerardo Jones que sigue haciendo memoria: "Se me cayó el alma a los pies cuando me bajé del avión. La ciudad, que era como un jardín, estaba sucia y destrozada. Las calles oscuras y horribles daban pena. Lo que había sido Santa Isabel y lo que era ahora Malabo. Lo digo sin nostalgia. He vuelto muchas veces después, discretamente, a arreglar algunas cosas con el abogado y a vender algunos terrenos. Me gustaría ir una última vez, pero no por nada; el país que recuerdo ya no existe y yo me considero tan español y catalán como el que más."

La Casa Teodolita, llamada también Bigios (Casa Grande, en pichin) es el edificio más antiguo de Malabo. Una placa en su puerta dice que fue construida en 1902. El primer piso es de obra y el resto de madera. En el contador de la luz pone Catalina Dougan escrito con rotulador negro. Hablo con un hombre sin camiseta que se afeita a ciegas en la puerta. Sangre roja sobre piel marrón. Me cuenta que vive allí desde que nació. Más tarde Fausto Luis Dougan me dirá que es su reprimido: sus padres y sus madres son hermanos. Su casa también es muy antigua, de 1922, para llegar a ella hay que preguntar por "Los Cuatro Ases", el restaurante de enfrente. En Malabo nadie conoce el nombre de las calles, así que siempre te dan una referencia cerca

na para que encuentres los sitios. La parte de abajo está alquilada a unos comerciantes chinos. Subo unas escaleras que llevan a la primera planta. Llamo a la puerta y sale mi anfitrión, silueta flaca recortada a contraluz. Mira a los lados antes de dejarme pasar. El salón del avión me detendrían. En 1979 íbamos en el coche hacia Andorra y oímos por la radio que Teodoro Obiang había dado un golpe de estado contra su tío. Parecía que las cosas mejorarían, pero no tuve garantías para poder viajar a Guinea hasta 2002. Mi madre me dijo que habíamos trabajado mucho en aquel país y que tenía que intentar recuperar lo nuestro" añade un Gerardo Jones que sigue haciendo memoria: "Se me cayó el alma a los pies cuando me bajé del avión. La ciudad, que era como un jardín, estaba sucia y destrozada. Las calles oscuras y horribles daban pena. Lo que había sido Santa Isabel y lo que era ahora Malabo. Lo digo sin nostalgia. He vuelto muchas veces después, discretamente, a arreglar algunas cosas con el abogado y a vender algunos terrenos. Me gustaría ir una última vez, pero no por nada; el país que recuerdo ya no existe y yo me considero tan español y catalán como el que más."

La Casa Teodolita, llamada también Bigios (Casa Grande, en pichin) es el edificio más antiguo de Malabo. Una placa en su puerta dice que fue construida en 1902. El primer piso es de obra y el resto de madera. En el contador de la luz pone Catalina Dougan escrito con rotulador negro. Hablo con un hombre sin camiseta que se afeita a ciegas en la puerta. Sangre roja sobre piel marrón. Me cuenta que vive allí desde que nació. Más tarde Fausto Luis Dougan me dirá que es su reprimido: sus padres y sus madres son hermanos. Su casa también es muy antigua, de 1922, para llegar a ella hay que preguntar por "Los Cuatro Ases", el restaurante de enfrente. En Malabo nadie conoce el nombre de las calles, así que siempre te dan una referencia cerca

Trinidad Morgades



SANTA ISABEL - GUINEA ESPAÑOLA, 1931

Catedrática, fue la primera mujer negra que estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. En los años sesenta ejerció de profesora del Instituto Cardenal Cisneros de Santa Isabel. Vivió exiliada en España en los tiempos de Macías, no volvió a Guinea Ecuatorial hasta los años ochenta. Fundadora de la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE) e impulsora de la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española.



Retrato de estudio de Trinidad Morgades enviado a su madre. Las Palmas de Gran Canaria - España, 1950. Colección Trinidad Morgades.

Boda de Trinidad Morgades y Samuel Ebuka en la Catedral. Santa Isabel - Fernando Póo, 1964. Colección Trinidad Morgades.

Trinidad Morgades y una amiga retratadas por el entonces embajador Samuel Ebuka. Addis Abeba-Etiopía, 1970. Colección Trinidad Morgades.

El límite de la Zona Presidencial es un sector cerrado al paso que ocupa una buena parte de la antigua Santa Isabel. Le pido a A., el maravilloso conductor del CCEM, que me lleve allí. En una esquina, junto a un feo bloque llamado Candy, me espera el escritor Héctor López-Arango, que hace para mí de enlace con la mítica Trinidad Morgades, a quien ha pedido incluso que busque algunas fotos con las que apoyar su relato. Subimos la escalera, la puerta está abierta, pero llamamos antes de entrar. Allí está ella, en medio del salón, recién peinada con un moño diminuto y un vestido de colores. Nos sentamos cerca. Primera Dama: pómulos perfectos, bella piel, ojos de color indefinible. Coge las primeras fotos y empieza a saltar por el espacio-tiempo en voz baja.

"Mi padre vino de Annobón, donde, si los portugueses veían a un negro que era despierto le enseñaban a llevar las cuentas. Con el tiempo, se hizo emancipado pleno y empezó a trabajar de administrador para los Krio de Casa Teodolita. En ese pequeño mundo conoció a mi madre, que vivía allí adoptada por el patriarca de los Dougan y su esposa, la señora Kinson, que pertenecía a la mejor familia de Santa Isabel, intelectualmente hablando. Mi abuelo, un mindí que de bracero había pasado a "local preacher", la había dejado a su cuidado cuando murió mi abuela. Mis padres se casaron poco después, ella con 18 años, él con 28."

La llamaron Trinidad porque fue la tercera hija de sus padres, tuvo dos hermanos varones. Ha vivido en muchos sitios, pero en Guinea siempre ha residido en este barrio en el que edificios nuevos y solares vacíos conviven con la vieja arquitectura colonial. Muy cerca de aquí estaba el Casino Fernando, donde se reunían los Krio hasta los años sesenta.

"Las cuatro o cinco familias Krio que había eran negros, pero tenían una calidad superior porque habían vivido con blancos, e incluso llamaban a los de aquí "nativos". Los ingleses son los mejores educadores que ha habido, formaron bastante bien a sus esclavos y, después de la liberación, les hicieron señores: gente que vivía en sus casas, tenía propiedades y mandaba a sus hijos a estudiar fuera. Pero los Krio de Clarence se equivocaron en una cosa: cuando la ciudad pasó a llamarse Santa Isabel no aprendieron español. Pensaron que los recién llegados eran ignorantes, y lo eran: el español que venía a Guinea en esa primera época venía del bosque, era campesino. Veía a un negro que vestía como un señor, con botas, que hablaba un idioma que no conocía y no entendía nada; pensaron de ellos que pretendían ser blancos sin serlo y esa incomprensión fue el gran error de la colonización en Guinea. Los Krio podrían haber enseñado mucho a los españoles, porque eran el primer grupo que había perdido su africanidad y tenía educación europea; deberían haber hecho de puente entre la colonia y la metrópoli a principios del siglo XX. No pudo ser. El desprecio era mutuo: los Krio pensaban que los españoles querían ser señores sin serlo, cuando iban a algún sitio, en vez de hablar ellos, hacían un gesto como diciendo "habla con mi secretario, yo no hablo contigo". Y todo esto molestaba muchísimo al español, que tampoco dominaba el inglés. Las mujeres, que comían en vajilla de oro y vestían como la Reina Victoria, sí veían una señora blanca, con faldas y alpagatas a la que un nativo llamaba Señora, decían indignadas: "Why do you call her Señora?"

Al observar algunas de las imágenes encima de la mesa, pienso en el libro The Black Photo Album/Look at Me 1890-1950, la recopilación de Santu Mofokeng en la que vi por primera vez negros usando la fotografía

familiar y de estudio como un ejercicio de autorrepresentación consciente. El relato conquistador español minimizó la presencia angloferndina y su valor como contrajemplo histórico; este silencio, unido a la compleja cuestión de que hace más de cien años hubiera negros- propietarios de tierras- que emplearan a otros negros, ha marcado la vida de las personas con esos pocos apellidos tan reconocibles. Jamás han sido considerados del todo guineanos. Ni, por supuesto, españoles.

"Mi niñez fue muy feliz, en mi casa nunca pasamos hambre, no tuvimos necesidad de nada. Mi madre tenía educación británica humanista y pensaba que había que apoyar a los hijos todo lo que se pudiera para que se convirtieran en personas. Fuimos siempre a colegios europeos: en el Santa Teresita entré con cinco años, hice la primera comunión y estuve hasta los doce o trece, cuando fui a España con mis hermanos, primero a Canarias con la idea de aclimatarnos. Estudié en la escuela del barrio de San José, en Las Palmas. Nosotros no sabíamos si nos gustaba o no estudiar, pero teníamos necesidad de saber. Y preguntábamos mucho en clase, más que los españoles. Teníamos algunas costumbres que llamaban la atención: yo respondía siempre "Me llamo Trinidad Morgades, para servir a Dios y a usted". Lo primero que nos habían dicho: "Si vais a la

"Sin España no vamos a ningún sitio, España es nuestra llave, si no nos llevamos bien con España, Europa no nos admite. Si Europa no nos admite, ¿de dónde sacaremos el dinero para independizarnos de España?"

calle y alguien os llama negro, u os desprecia, tened compasión de esa persona porque ellos no han viajado en barco y vosotros sí. Es pobre, es ignorante." Y cuando nos llamaban negros pues yo les decía a mis hermanos: "no les hagáis caso, esos son los pobres". Recuerdo que un día se nos acercaron unos hombres que no habían visto a un negro nunca y pensaban que todos los negros del mundo eran cubanos. Uno nos preguntó: "¿De qué parte de Cuba sois?" "¿Nosotros?, no somos de Cuba, somos de los territorios españoles del Golfo de Guinea". Y otro, más educado, insistió: "A ver, ¿de dónde sois?" "Somos de los territorios españoles del Golfo de Guinea". "No saben... no saben", decían... "Estos niños no saben nada, mira, en España no hay más que un Golfo que es el Golfo de Vizcaya y allí no hay negros." Eran ellos los que no tenían ni idea. Encontramos una España muy pobre después de la Guerra Civil. Todo lo que teníamos nos los mandaban desde aquí, venía por cayuco: la ropa, la comida, los libros..."

En la casa se oye el ruido del tráfico de la calle. Es luminosa, y blanca, y está llena de cosas. Creo que hay más libros aquí que en la Biblioteca Nacional de Guinea Ecuatorial y más fotos que en cualquier archivo oficial del país. Un tesoro custodiado por una brillante señora. También tiene bajo su protección a varias mujeres a las que ayuda pagándoles los estudios a cambio de que la atiendan en su día a día. Una de ellas le trae un zumo de piña. Se toma su tiempo y sigue hablando. Cada vez parece más joven. Me fascina su energía crítica y su precisión con

la lengua, en ese español de Guinea tan especial al que me voy acostumbrando.

"Yo estaba destinada a aprender un poco de bordado, a tocar el piano y casarme con un rico Kriol, pero lo que pasó es que los profesores vieron que tenía capacidad y propusieron que fuera a la universidad con mis hermanos mayores. No había ninguna mujer negra en aquellas aulas inmensas, mis compañeras eran blancas de la clase burguesa catalana, muy inteligentes, hijas de médicos, de farmacéuticos, de abogados... Ellos fueron los que nos acogieron. Lo que nunca nos dijeron era que éramos protagonistas de una nueva historia. Y ahí nos perdimos. Si nos lo llegan a decir, hubiéramos tenido más conciencia del deber y, al haber vuelto aquí, hubiéramos entendido que no veníamos a luchar contra los españoles, sino a continuar su labor. Y todo hubiera salido mejor. A la vuelta de Barcelona, con 28 años llego a Guinea y me preguntan: "¿Y qué has estudiado?". Y digo: "Filosofía y Letras". "¿Es médico? No. ¿Es ingeniero? No. ¿Es abogado? No. ¿Filosofía y ¿qué?" "Y letras". ¿Filosofía y Letras? Nadie sabía lo que era. Iban preguntando "¿y qué es Filosofía y Letras?". El blanco que estaba aquí decía: "Eso son tonterías". Y el negro decía: "El blanco ha dicho que son tonterías, pues deben ser tonterías porque no sirve para nada". Yo misma me pregunté: ¿pero para qué has estudiado? Entonces empecé a interesarme por la Etnología, para intentar escapar de esa gran confusión. Un día, un tío mío, pariente de mi padre, me dijo que no tenía sulfato para echar al cacao. Entonces le empecé a explicar la revolución de los campesinos rusos, y me dijo: "¿Tú tienes coñac? Y le dije: "Sí". Tomó sus dos vasos de coñac y se fue. Y yo indignada: "¡Yes! ¡Es que esta gente nunca aprenderá nada! ¡No

de lo que era ser independiente. Recuerdo que al día siguiente de la independencia de Guinea, unos tuvieron problemas, fueron al gobernador... y el gobernador dijo: "yo ya no...". Los procesos de descolonización no estudiaron las cuestiones de las tribus y ahí vino el problema: podían unirse en un nuevo país, pero cada tribu tenía miedo a la otra tribu. La independencia de África está mal por eso, por la cuestión tribal, incluso aquí, en Guinea. Hay un problema con el poder público, uno no lo quiere para hacer mejor a un país, sino para que los suyos, los más cercanos a él, coman, vivan y tengan dinero. Cuando volvimos a Guinea a principios de los ochenta, todo había cambiado, el poder lo tenían los rusos, guineanos formados en Rusia, y me costó recuperar mi casa, el edificio había estado lleno de chinos, por eso ahora le llaman Shangay. Nos metieron en la cárcel dos semanas y, cuando parecía que todo estaba arreglado, me perdieron un camión lleno de libros. Más tarde intenté ayudar a hacer una enseñanza para Guinea. Pero es difícil, hacer un país es difícil... es que el ser humano es difícil. No me han dado jamás un puesto de categoría, me han hecho segunda siempre, soy segunda de cualquier cosa, nunca jefa. ¿Por qué? Por complejos, pero no me importa, yo sigo trabajando, sigo haciendo las cosas que tengo que hacer, escribo. Es difícil ahora, porque estamos con el imperio de los fang, que han llegado al poder por casualidad, nunca lo pensaron, pero que lo han tomado como los nómadas: "esto es mío".

Mañana se cumplen 49 años de la independencia de Guinea Ecuatorial. Cada año, la embajada española programa un evento la semana siguiente al 12 de Octubre. Se cede gentilmente la fecha de la Fiesta Nacional a los guineanos.

"Sin España no vamos a ningún sitio, España es nuestra llave, si no nos llevamos bien con España, Europa no nos admite. Si Europa no nos admite, ¿de dónde sacaremos el dinero para independizarnos de España? España tiene que ser nuestra llave, tiene que estar con nosotros, tiene que decir sí o no, sin España no vamos a ningún sitio. Ahora la relación es difícil, porque los españoles, guineanos educados en España, no están en el poder; están en el poder los rusos, guineanos educados en Rusia, que no saben cómo es Europa. Si no conoces la Historia de Europa, por más Física que sepas, no vas a ningún sitio. Europa es especial, y sobre todo España. No tenemos que imitar mucho a los españoles, ni criticarlos tampoco, sino aceptarlos tal como son y que ellos nos acepten tal como somos. Pero ya no nos conocemos: apenas vienen españoles aquí y los guineanos que han hecho su vida en España no pueden venir. Aunque también habría un problema si volvieran de repente todos a la vez, querían cambiar esto con rapidez. Querían hacer de esto España. Y eso no se puede, no es lo mismo educar a un negro en su propia salsa o educarlo como un europeo, hay diferencia. Durarían cinco minutos porque no conocen Guinea. Cada país tiene su biología, su ritmo de crecimiento. Lo ideal en Guinea sería hacer una confederación, como los suizos, donde hay gente que habla inglés, alemán, francés, italiano... Y esa es la única esperanza legal o política de Guinea, pero claro, para eso habría que respetarse uno a otros... En realidad la independencia aún no ha empezado. Primero habría que limpiar esta cuadrada, quitar la corrupción. Apartar el poder a los que son politicistas. La vocación política no existe en Guinea, los que se meten en política es porque quieren comer o quieren presumir. No es fácil, pero este es el momento que nos ha tocado vivir y hay que vivirlo con entusiasmo. Y estudiar, sobre todo estudiar."

Mientras nos despedimos, hablamos de quién podría ser el interlocutor de Guinea en España y de que ahora mismo no hay mucho que hacer porque, como en los años de la Transición, el principal problema para los españoles no es Guinea, sino uno, interno, la difícil situación en Cataluña, que Trinidad Morgades analiza sin piedad soltando sus demolidoras frases.

Respect.



Estuario del Río Muni. Kogo – Guinea Ecuatorial, 2017.

EXPLORACIONES IMPERIALES

& MISIONES FOTOGRAFICAS

“El hombre blanco que tenéis delante no es inglés (‘inglés’), ni potó (‘portugués’), ni fala (‘francés’), ni cupini (‘alemán’). Es mejor que todos ellos; es pañole (‘español’). El inglés roba, el potó se deja coger, el fala engaña, el cupini pega; pero el pañole ni roba, ni engaña, ni pega, ni tiene miedo a morir.”

África, un español en el Golfo de Guinea – Manuel Iradier.

La Conferencia de Berlín de 1884-85 sirvió para que las potencias europeas se repartieran el continente africano. España salió malparada del evento, apenas mantuvo los derechos adquiridos cien años antes sobre las islas de Fernando Póo, Annobón, Corisco y los islotes de Elobey, y añadió unos doscientos mil kilómetros cuadrados en el interior del continente. En aquellos momentos, la situación financiera del estado español era bastante delicada y carecía de los recursos para una ocupación militar y administrativa que posibilitara, según el principio de *uti possidetis iure*, la explotación de los nuevos territorios adjudicados. Aparecieron corrientes de opinión abandonistas que no querían emprender más aventuras coloniales y abogaban por la renuncia a la parte continental, su cesión a Francia o la subcontratación de la explotación comercial de la totalidad de la tierra a una gran compañía privada. No fue hasta el Desastre del 1898 y la pérdida de las llamadas últimas colonias españolas de Cuba y Filipinas tras la firma del Tratado de París, cuando, en una decisión sin duda impulsada por el herido espíritu imperial, se empezó a adjudicar cierto presupuesto que permitiera imaginar el Golfo de Guinea como el espacio virgen donde desarrollar la última misión civilizadora a la española. Gran parte del nuevo territorio continental estaba cubierto por un bosque ecuatorial cuya espesura, fauna salvaje y climatología hostil habían mantenido a los fang muy aislados hasta ese momento. La desconocida realidad de esa zona interior presentaba un fuerte contraste respecto a unas islas y unas costas que sí que habían sido visitadas por los europeos desde hacía bastantes siglos y donde mantenían incluso presencia permanente: habían roturado pequeñas explotaciones agrícolas cerca del mar y establecido las llamadas factorías-lugares estratégicos donde

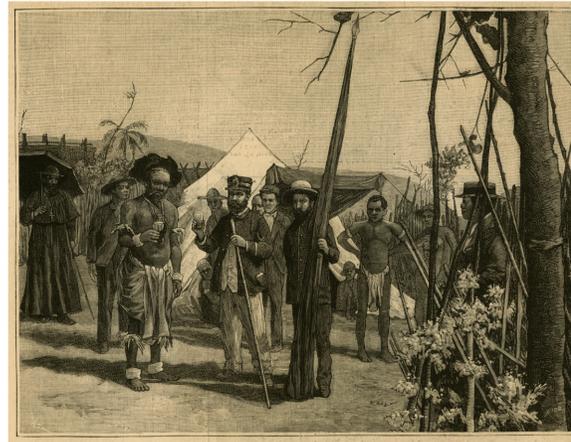
comprar y vender cualquier cosa- en los puertos naturales y en las desembocaduras de los ríos. Esta diferencia inicial entre los ritmos de colonización de la isla de Fernando Póo y la Guinea continental permite comprender muchos de los desequilibrios que marcaron la historia de la Guinea Española y que siguen siendo claves en la compleja identidad de la actual Guinea Ecuatorial.

Los Viajes de Iradier

Manuel Iradier fue un explorador español que realizó dos viajes al África ecuatorial a finales del siglo XIX, al tiempo que el continente se dividía según los intereses europeos. Ambos periplos, inicialmente con espíritu científico y aventurero, fueron financiados con fondos privados y tuvieron como consecuencia final la incorporación de algunos de los territorios recorridos como parte de la España de ultramar. En un cable que transmite el mismo a la Sociedad de Africanistas el 20 de diciembre de 1884 resume «de modo optimista» los resultados de la segunda de sus exploraciones: “Obtenido Sociedad catorce mil kilómetros cuadrados territorio interior frente Corisco incluso Sierra Cristal. Pactado diez tribus. No posible más en latitud por evitar conflicto internacional y en longitud por fiebres. País gran porvenir. Ossorio queda estación con recursos.” La modesta historia del vasco Manuel Iradier tiene la curiosidad de que fue elevada por la retórica imperial española a la categoría de hazaña. Lo cierto es que los escasos medios con los que contó en sus viajes, así como la ingenuidad juvenil de sus ambiciones de emular a los grandes aventureros como Stanley, hace que se despierte más interés por su peripecia vital y sus observaciones – recogidas en el libro *África, un español en el Golfo de Guinea*



Estatua del explorador Manuel Iradier. Vitoria – España, 2017.



Grabado del encuentro de Luis Sorela con el Rey Moka. Fernando Póo, 1887. Revista La Ilustración Española y Americana. Colección OQNVCQNS.



Fotografía del encuentro de Luis Sorela con el Rey Moka. Fernando Póo, 1887. Archivo General de Palacio / Patrimonio Nacional.

“Obtenido Sociedad catorce mil kilómetros cuadrados territorio interior frente Corisco incluso Sierra Cristal. Pactado diez tribus. No posible más en latitud por evitar conflicto internacional y en longitud por fiebres. País gran porvenir. Ossorio queda estación con recursos.”

África, un español en el Golfo de Guinea – Manuel Iradier.

– que por sus logros efectivos. En 1875, en su primer viaje al sur de la actual Guinea Ecuatorial, le ofrecen comprar “dos gentes por veinte libras cada una”. Tras rehusar, reflexiona: “Desgracia y grande es despertar entre los negros el recuerdo del comercio de esclavos con sólo llamarse español o portugués, pero al pensar en la época en la que se hacía el tráfico, en que los traficantes pertenecían a todas las naciones por más que formaran la tripulación de buques con tal o cual bandera, en que no estaban protegidos por ningún estado y en que los cruceros eran frecuentemente sobornados, hemos de admitir que fue aquel acto inhumano por codiciosos comerciantes.” Fruto de su época, el conflicto entre su formación científica e ilustrada y la convención superioridad de lo español le lleva a describir sus encuentros con indismulado orgullo: “El hombre blanco que tenéis delante no es inglés (‘inglés’), ni potó (‘portugués’), ni fala (‘francés’), ni cupini (‘alemán’). Es mejor que todos ellos; es pañole (‘español’). El inglés roba, el potó se deja coger, el fala engaña, el cupini pega; pero el pañole ni roba, ni engaña, ni pega, ni tiene miedo a morir.” cuenta que les dice a un grupo de negros. Al inicio de su primer viaje en 1874, cuando coincide con un inglés en la cubierta del barco frente a las costas de Fernando Póo, tiene una conversación visionaria que anticipa una relación aparentemente banal entre dos territorios: “La isla española –me dijeron- es una medalla de oro y piedras preciosas, sostenida por una cinta verde que forma el litoral de las dos Guineas. Es una joya –les contesté- que ustedes han codiciado muchísimas veces.” El inglés respondería en un interesante intercambio de golpes con el joven Iradier: “Y aún la codiciamos, bien sabe que hemos tratado de cambiarla por Gibraltar”. El español marca territorio: “Gibraltar ha sido, es y será plaza española que no puede cambiarse.” “Pero puede venderse” parece insistir el británico. A lo que el vasco replica: “Lo único que se puede hacer es devolverla como se devuelve un objeto sustraído, es decir, del mismo modo que nos devolvieron ustedes esta isla que tenemos enfrente.” Fin de la cita. En otros diálogos el choque cultural hace que el libro *África, un español en el Golfo de Guinea* roce el humor y se convierta en una suerte de lección de fotografía: “¿Crees tú, Elombuangani, que el que roba un coco de esa palmera (a la que le han puesto una especie de amuleto mágico)

queda muerto?”, pregunta Iradier. “De día no, pero de noche sí creo” responde el africano. “Tú eres católico y no puedes creer esas cosas ¿Por qué crees de noche?” ahonda el español. La respuesta es tan rotunda: “Porque de noche no se ve.”, que el perplejo joven explorador no puede dejar de concluir: “He aquí un curso de filosofía contenido en esta contestación de un africano.”. A la vuelta de sus viajes, Manuel Iradier se hizo masón e inventor y murió a los 57 años en Valsain (Segovia). Su estatua del Parque de la Florida, en Vitoria, es uno de los pocos espacios públicos de la ciudad donde hoy en día se puede leer la palabra España. “¿Sabes lo que significa esa bandera roja y amarilla que agita el viento en la orilla del Noya? Pues significa que hay una nación grande por su Historia, poderosa por el vigor de sus hijos y que nunca consiente la humillación. Ella dispensará a toda la raza panue la protección que necesita: la defenderá de sus enemigos exteriores, le proporcionará las telas, el ron, el tabaco que necesite, pero estos beneficios los cumplirá siempre que no seáis cobardes en vuestros actos y traidores en vuestras ejecuciones.” dejó escrito al final de su último viaje de 1884, cuando intentó alcanzar el corazón de África encontrando una vía de agua dulce que penetrara en el continente desde el Estuario del Muni.

En la biblioteca del Centro Cultural Español de Bata encuentro un pequeño libro llamado *Inventario del Patrimonio Cultural y Artístico de Guinea Ecuatorial Vol I*, editado en 1994 con fondos europeos por el Ministerio de Cultura, Turismo y Franconofonía. No es más que un catálogo de herramientas, piezas, utensilios, máscaras, arquitectura, monumentos y archivos que, usando fotografías en blanco y negro y breves textos explicativos, tenía como intención facilitar la conservación de los mismos por parte de las administraciones del país. Me llama la atención la figura G-40, un sobrio obelisco de piedra con una placa que es descrito como: “Monumento levantado a la memoria del gran explorador africanista D. Manuel Iradier Bult, con ocasión del primer centenario de su nacimiento (1854-1954). Localización: Kogo.”. Decido seguir las huellas del aventurero vasco e ir a buscar el monumento inventariado al antiguo Puerto Iradier. La gigantesca escala del Estuario del Muni, lugar donde desembocan juntos el Utamboni, el Mitemele y el Mitong me hace sentir que he

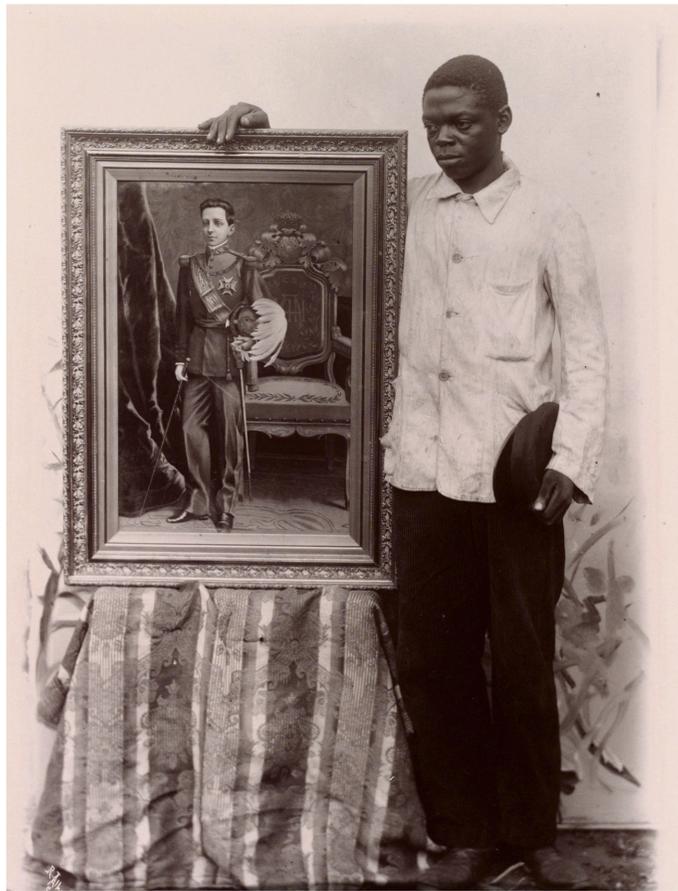
llegado al corazón de las tinieblas. Entiendo que Iradier llegara a pensar que desde aquí se podía navegar hasta el centro del continente africano. Unas pocas mujeres venden plátanos y tomates en un pequeño mercado bajo el techo de una moderna estructura junto al remozado paseo marítimo. Hago algunas fotos con el móvil y me dirijo a la iglesia en lo alto de la colina para preguntar por el hito. Me paro al final de las escaleras, junto al campanario pintado de color crema. Las calles recién asfaltadas brillan en gris oscuro bajo la gruesa lluvia. Desde aquí arriba se ve todo Kogo, unas decenas de casas de colores con tejados a cuatro aguas. Un hombre arregla su coche junto a la farmacia Mi hermano, tiene medio cuerpo metido bajo el capó y pienso en un cocodrilillo. No hay nadie más con quien hablar. Me acerco a una pequeña tienda, en la puerta está Ángel, un señor nacido en 1941 que trabajó en Correos con los españoles. Me dice que hace dos o tres años derruyeron el monumento y construyeron allí el nuevo ayuntamiento. Nos interrumpen un vehículo de seguridad ciudadana, una pick-up azul conducida por un joven policía no uniformado. Me pregunta que qué hacemos, insiste en que su trabajo es mi seguridad y me regaña por no avisarle de que había entrado en su jurisdicción.

Me dice que le han informado de que había un blanco haciendo fotos por la ciudad. Le miento y le digo que no. Se va sin pedir nada más. Sigo hablando con la gente, compro un yogur y unas galletas María. Se acercan más personas: una mujer y un par de jóvenes. Se ponen a cubierto y me piden que les invite a algo. Me dicen que no tienen fotos familiares y que los únicos españoles que quedan en Kogo son unas monjas que llevan un colegio en las afueras. Solo encuentro un rastro de Manuel Iradier: el cartel que da nombre a una de las calles cerca de la comisaría. Pregunta cómo salir hacia Bata.

El Invisible Rey Moka

A finales del siglo XIX, las pequeñas ciudades de Santa Isabel y San Carlos se pueden considerar territorio de España, dado que su penetración en las actividades administrativas, religiosas y comerciales cotidianas avanzaba paso a paso. Por el contrario, muchos caminos del interior de Fernando Póo seguían siendo desconocidos para los espa-

ñoles. En 1887, el militar de la marina Luis Sorela tiene como misión contactar con el llamado Rey Moka, considerado como el jefe de jefes de poblado de toda la isla. Las leyendas decían que el monarca bubi vivía en el interior de un volcán rodeado de mujeres y riquezas y que era invisible a los ojos de los blancos. La expedición la formaban, según indica Guillermo Alonso en un artículo para la revista *Reales Sitios*: Sorela, el claretiano Padre Juanola y los oficiales José Aguirre y José Montes de Oca. Este último parece ser quien ejerce de fotógrafo encargado de documentar el simulacro de conquista pacífica por la que la supuesta máxima autoridad bubi pasaba el testigo al representante de la metrópoli, brindando con el después de haberle estrechado la mano mirando a cámara, como se puede ver en dos de las siete imágenes que se conservan en el Palacio Real de Madrid. Según la investigadora Inés Plasencia, el encuentro se pone en escena e inmortaliza con el fin de dotarlo de mayor solemnidad y trascendencia histórica de la que realmente tuvo. Las fotografías de ese día acabaron siendo copiadas por contacto sobre papel de albúmina. Se supone que el Rey Moka no había sido nunca fotografiado, pero no se sabe con seguridad si pudo verse a sí mismo en las fotos, algo posible si se trabaja con colodión húmedo y si se carga con un laboratorio portátil. La opción más probable es que se optara por subir placas de vidrio cuya emulsión seca se revelaría en algún lugar oscuro a la vuelta de la expedición, por lo que el monarca bubi nunca hubiera podido contemplar el resultado. Las fotografías originales se guardan en la Biblioteca del Palacio Real dentro de un álbum rojo con una inscripción sobredorada en la que pone A.S.M. / la Reina Regente / Dª MARIA CRISTINA. Tampoco fueron hechas públicas en su momento, sino que tardaron casi un año en ver la luz; sirvieron como base para el grabado impreso en la contra de la revista *Ilustración Española y Americana* del 30 de marzo de 1888 con el siguiente pie: “Despedida del Teniente de Infantería de Marina D. Luis Sorela y Guaxardo, y su comitiva, de Moka “Gran Botuko” de la tribu Bubi.” Seguido del peculiar matiz “(De Foto Directa)” que parece buscar aumentar la veracidad de la imagen publicada, alejándola del dibujo y acercándola al efecto notarial que aparentemente tiene la Fotografía sobre la Realidad.



Un alumno bubí posa sosteniendo un retrato de S.M. Alfonso XIII fotografiado por el Padre Rafael Albanell. Santa Isabel, Fernando Póo, circa 1910. Archivo General de Palacio / Patrimonio Nacional.

Las Crónicas Claretianas

El modelo colonial español, inspirado en la reconquista de la península y largamente ensayado en la conquista de América, ha tenido siempre la doble estrategia de conquistar a la vez hombres y almas. Tras el fracaso de la Orden de los Jesuitas en la apertura de misiones estables en los nuevos territorios a colonizar, la Administración española encarga a los Misioneros del Corazón de María, una Orden recién fundada en Vic por el Padre Claret, la evangelización y españolización de la población original. El choque cultural fue inevitable y quedó reflejado en los textos conservados, escritos que curiosamente anticipan gran parte de los tópicos e ideas asociadas a la negritud que han llegado hasta el presente: "Son estos negros una clase de gente que con la misma facilidad con que prometen se dispensan de cumplir la palabra dada. Prefieren criar hijos holgazanes, con perjuicio de la sociedad, más bien que tenerlos sabios e instruidos (...) No se sabe su origen, pero hay motivos fundados para creer que, como todos los demás negros de África, son hijos y descendientes desgraciados de Cam" sostenía el Jesuita Padre Irisarri. De este modo, una maldición divina que aparece en el Génesis es usada para justificar la supuesta inferioridad de los africanos; algo que marca en parte el trato que se les da, así como las imágenes que de ellos se toman, guardan y transmiten. Los testimonios escritos a partir de 1887 por el Padre Armengol Coll -figura clave en el éxito del establecimiento de los Claretianos en Guinea- sobre los primeros años de la misión de María Cristina, el actual poblado de Baterre, cuentan las grandes dificultades que presentaba el establecimiento de las nuevas misiones lejos de las ciudades y la labor de formación cristiana, pese al apoyo del finquero Kriol William Vivour. Escribe el Padre Armengol Coll: "El colegio iba creciendo poco a poco; y los niños daban muestras de viveza y aptitud para el trabajo, al paso que su docilidad hacía esperar que serían buenos cristianos. Con todo, los bubis viejos iban cada día mirando a los jóvenes convertidos con malos ojos y, lejos de alegrarse al ver que sabían leer y escribir, les causaba cierta envidia y temor, que sabían mal disimular, previendo que con las letras les superarían luego en prestigio y quedaría por tierra en que ellos tenían sobre los demás."

"El colegio iba creciendo poco a poco; y los niños daban muestras de viveza y aptitud para el trabajo, al paso que su docilidad hacía esperar que serían buenos cristianos. Con todo, los bubis viejos iban cada día mirando a los jóvenes convertidos con malos ojos y, lejos de alegrarse al ver que sabían leer y escribir, les causaba cierta envidia y temor, que sabían mal disimular, previendo que con las letras les superarían luego en prestigio y quedaría por tierra en que ellos tenían sobre los demás."

Misión de María Cristina - P. Armengol Coll.

cabra, por tabaco...? Ullem, pensativo, contestó de nuevo: No puede ser." Finalmente sí que fue posible y las primeras niñas fueron bautizadas y casadas cristianamente en 1891 con algunos jóvenes bubis previamente internados en la misión-residencia-escuela: Somín Motedde con Dolores Sobbe, Gaspar Lohua con Rosario Reña y Santiago Booso con Dolores Dechu. La batalla se va decantando, el avance -inicial y en paralelo- de la cristianización, la españolización y el capitalismo es la estrategia principal de colonización cultural y económica que desarrolla

La resistencia de los bubis fue bastante fuerte, especialmente en lo que se refería a dejar que las niñas se acercaran a los Claretianos o a las Concepcionistas llegadas en 1885. Las mujeres estaban más integradas en los núcleos familiares y de poblado debido a tradiciones matrimoniales o de emparejamiento propias, algo que se explica muy bien en la transcripción que hace Armengol Coll de una conversación entre el Padre Pinosa y un bubí llamado Ullem: "No es lo mismo traer niñas que niños. ¿Y tú que tienes tantas? rehusó el Padre sin arredrarse por la negativa ¿No podrías ceder un par de ellas, las que tú quisieras menos, por lo que sea, por una

metrópoli. Los Claretianos son el brazo ejecutor de ese plan, para el que son subvencionados como enviados especiales sobre el terreno. Se asume que la influencia del derecho romano en España hizo que siempre se le diera más importancia a la prueba documental escrita que a la visual, lo que explicaría la escasa presencia de dibujantes e ilustradores en las expediciones españolas -incluso en las de carácter más científico- desde el siglo XV. Pese a esta falta de tradición, los primeros doce claretianos que llegan a Guinea en 1883 deciden traer consigo la Fotografía

contrarse bastante información original en archivos, mejor o peor conservados, en España (Vic y Osona) y en Guinea Ecuatorial (Malabo y Luba). La impresión que se tiene es que, además de una especie de ejercicio de crónica visual y escrita sobre el terreno, los Claretianos se tomaron la cuestión de la documentación visual como un encargo corporativo; en la Biblioteca del Palacio Real se conservan dos álbumes diferentes que fueron usados como muestra de agradecimiento al Estado por el encargo recibido y documento fehaciente del cumplimiento exitoso del mismo. En uno de ellos, llamados Vistas de la Guinea Española, los Misioneros de la Guinea Española escribieron en 1915: "A S.M. el Rey Alfonso XIII. En testimonio de amor, respeto y sumisión." En el otro, sin título ni fecha exacta, pero con un ramillete de flores blancas en la portada de terciopelo azul, pusieron como dedicatoria: "A S. M. el Rey don Alfonso XIII (q.D.g.) le dedican los Misioneros del Corazón de María de Fernando Póo y sus dependencias, este álbum de vistas fotográficas y le desean un reinado glorioso y feliz". Estos dos libros únicos, con copias originales, contienen un total de 100 imágenes pocas veces vistas que no coinciden con el llamado Fondo Claretiano, un conjunto de 332 fotografías disponible online desde 2003, año en el que fueron liberadas por el abogado Raimon Daunis Serra.

La continuidad de los archivos Claretianos es un caso insólito en la historia cruzada entre España y Guinea Ecuatorial, tan llena de misteriosas desapariciones y sospechosos silencios. Recogen, sin más interrupción la época más dura del gobierno de Macías a mitad de los setenta, casi siglo y medio de presencia en el territorio. El acervo histórico está formado por crónicas escritas, fotografías, periódicos, revistas, y publicaciones propias y ajenas. También es destacable que en 1901 la Orden trajera la primera imprenta a Guinea y, a partir de 1903, pusiera en marcha una revista llamada La Guinea Española, publicación que se editó ininterrumpidamente con ese mismo nombre hasta la independencia de 1968. No obstante, la dificultad de conservación de todos los archivos que se han mantenido en la antigua colonia es enorme, debido a factores climatológicos, ambientales, económicos y también culturales.

Ronda litoral. Me pierdo y acabo cruzando el Poble Nou en hora punta. Dejo Barcelona



Misiones Claretianas. Fernando Póo, circa 1920. Arxiu Pail / Archivo Claretiano de Vic.



Fichas con Imágenes Claretianas. Territorios Españoles del Golfo de Guinea, 1910-1950. Arxiu Pail / Archivo Claretiano de Vic.

El Padre Carlos



¿? - ESPAÑA, 1960

Director del colegio Claretiano de Luba, ha pasado casi la mitad de sus 57 años en diferentes lugares y puestos de la orden en Guinea Ecuatorial. Está estudiando los años de la Guerra Civil en este territorio y su principal preocupación, antes de que le destinen a un nuevo lugar por determinar, es la conservación de los archivos, libros y documentos que quedan en la biblioteca de la institución.



Salón principal de la Misión Claretiana, fundada en 1904 en la entonces San Carlos. Luba - Guinea Ecuatorial, 2017.



Libro de texto en la biblioteca de la Misión Claretiana. Luba - Guinea Ecuatorial, 2017.

Armario fichero en el archivo de la Misión Claretiana. Luba - Guinea Ecuatorial, 2017.

Nuestro coche alcanza la parte alta de Luba, el lugar donde el Krio M. C. Jones empezó a labrar su fortuna. Pasada la bella casa colonial que se mandó construir, llegamos a la residencia de los Claretianos, puesta en marcha en 1904 en una pequeña ciudad entonces llamada San Carlos. Aparcamos en el patio del colegio. El edificio está en fase de rehabilitación. Veo en el suelo la esfera de un gran reloj, fabricado en Vitoria por Viuda de Murua. Marca las once menos veinte desde hace años. Aparece el Padre Carlos, flaco, con barba de santo pintado y un sorprendente aire juvenil. Da la mano con energía y su forma de hablar resulta cercana. Me acuerdo de que alguien me dijo que, cuando lo conocí, le había parecido más un tipo de extrema izquierda que un claretiano.

"Llevo más de 20 años en el país, prácticamente del tirón. Estuve mucho tiempo destinado en Malabo, también en el continente y ahora estoy en Luba. Pero intuía que me quedaba poco en Guinea, parece que los claretianos de aquí se quieren también independizar. Paso mis ratos libres estudiando lo que ocurrió durante la Guerra Civil en Guinea, ya sabes que hubo unas semanas del verano del 36 en las que la parte continental y la isla estuvieron alineadas en bandos diferentes. En la biblioteca conservamos todos los números de la revista que hacíamos nosotros desde principios de siglo: "La Guinea Española", también tenemos aquí todos los números del periódico "Ébano" encuadernados y muchos fondos propios y de otras órdenes religiosas extranjeras con las que había buena relación e intercambiábamos publicaciones".

Coge las llaves y nos pide que lo acompañemos. Bajamos a la antigua biblioteca. Parece azules con mapas de humedad dibujados. En una de ellas cuelga el plano del continente

"En Guinea no les interesa la Historia, menos aún la que tenga que ver con España..."

que los Claretianos publicaron a finales de los años cuarenta. Cajones apilados llenos de libros. Dos puertas chirrían consecutivamente. Olor a cerrado y a papel mojado. Estanterías con lomos rozados y encuadernaciones a punto de quebrarse. La triste sensación de que el caos está ganando la partida.

"Todo está muy desordenado porque estamos pendientes del traslado a la parte nueva, recién construida. Los ejemplares están codificados, pero la base de datos es irrecuperable. Se quedó en un viejo ordenador que no arranca, no lo he conseguido poner en marcha, y eso que yo estudié informática a finales de los ochenta, antes de hacerme claretiano. Me apañé con una lista impresa por orden de autor que sobrevive de momento y con el viejo armario de madera en el que guardamos las fichas en cajoncitos, como se ha hecho siempre. Los Claretianos hemos generado muchos textos y documentos porque cada Misión tiene una persona encargada de escribir, como en un diario de a bordo, lo que hacemos y vivimos cada día. En la época de Macías se perdió casi todo, a mitad de los setenta todos los claretianos blancos tuvieron que irse del país y a los claretianos negros los metieron en la cárcel. Este edificio lo salvaron las Hermanas, que se instalaron en el para que el ejército no lo ocupara y destruyera. Aun así, hay muchas cosas que no se sabe dónde están, dicen que había mapas únicos, cuadernos de campo, estudios botánicos y todo el mundo habla de una colección preciosa de pájaros disecados que acabó dispersa. Perdimos casi todo, nuestras crónicas dicen que para evitar el robo se

enterraron objetos religiosos de gran valor detrás de la Misión de Malabo, en lo que ahora es Zona Presidencial. Allí seguirán. Fotos no hay muchas, tenemos un par de cajas con copias que deben ser de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. La mayor parte están numeradas, pero no hay ningún listado que permita saber las fechas ni el autor. El fotógrafo podía ser cualquiera, no teníamos uno solo, aunque siempre habría alguno que le gustara más y acabara haciendo la mayor parte de las fotos. Son imágenes sencillas: de paisajes, de gente y de nuestro trabajo sobre el terreno. Lo que me preocupa es el futuro de todo esto, llevo años intentado conseguir fondos para conservar el archivo: ordenar, clasificar y digitalizar lo que queda, pero nadie se compromete. Tiene que ser alguien desde allí, porque en Guinea no les interesa la Historia, menos aún la que tenga que ver con España. El tiempo va pasando y aquí la humedad es de más del cien por cien. Las fotos que tú buscas tienen que estar en el Santuario en Malabo, comidas de hongos, en cualquier lugar".

Sonríe mientras habla en primera persona del plural. Hay algo que no acaba de concordar entre su presencia física y su posición dentro de la Orden Claretiana. Lo que es indudable es de la dedicación de estos hombres y la fe en su empresa: veo centenares de fichas con vocabulario en varios idiomas locales, diccionarios, libros escolares y catecismos en cuatro lenguas, planos de acometida de agua y obra pública... Vamos al salón del piso superior, desde el que se ve el puerto. Es un espacio fresco y ventilado, el aire pasa a través de las

contraventanas, tiene la atmósfera perfecta de lo que los decoradores llamarían estilo colonial, pero todo más sobrio y precario. Nos sentamos en un sofá. Ofrece algo para tomar. Fuma y bebe cerveza mientras los ojos le brillan al hablar.

"Los primeros claretianos lo pasaron muy mal, existen algunos lugares del continente que solo con escuchar su nombre ya te puedes hacer una idea de lo difícil que era vivir allí: Punta Mosquitos, por ejemplo. En Guinea hay que cuidarse mucho la salud y limpiarlo todo, existen larvas y amebas en cualquier gota de agua. Aquí la naturaleza es tremenda, he visto ríos que son más anchos que largos, el manantial y el mar apenas distan una decena de metros. Las personas también son muy especiales, hay que comprenderlos. Los fang y los bubis son muy diferentes entre sí: el fang si se enfada contigo, se va a pelear en ese mismo instante; en cambio, el bubí no va a decirte nada, pero se lo va a guardar y va a vengarse, sin prisas, en algún momento. Todos son monoteístas, aunque tienen un montón de deidades intermedias especializadas en cosas variadas, que son las que permiten conectar a los hombres con Dios. Esas entidades hicieron pensar a los misioneros que los guineanos eran politeístas y sirvieron para explicarles nuestros santos, los apóstoles, la virgen y demás. También su concepción del paso del tiempo es muy diferente de la nuestra, aquí la celebración que tiene importancia es la de los cincuenta años. Se considera que ya has vivido y que todo lo que venga después, pues bienvenido sea. Otra cosa curiosa es que, aunque sean muy viejos, no conciben la muerte como algo natural. Inventan siempre algo relacionado con un veneno, un hechizo o una maldición para explicarla".

Le pregunto si puedo escanear cosas y hacer fotos. "Aquí sé libre", me dice.

PALMERAS EN LA NIEVE:

EL

Cacao de Fernando Póo

Circa 1890 Mariano Mora, de Casa Castán, viaja desde Chía hasta la entonces Guinea española en busca de fortuna. Durante los años sucesivos, familias y vecinos de todo el Valle de Benasque harán ese mismo trayecto y acabarán pasando parte de sus vidas en la isla de Fernando Póo. La novela Palmeras en la Nieve, de la escritora Luz Gabás -exalcaldesa de Benasque e hija de uno de los hombres que hicieron ese viaje-, está basada en esa historia real, en la que varios centenares de personas cambiaron el frío seco del Pirineo por la humedad cálida del Ecuador. El libro, y sobre todo la película hecha a partir de él, constituyeron una de las escasas ocasiones en la que en España se habló y se dio algo de visibilidad a la relación con Guinea. Pese a sus licencias narrativas y a alguna inexactitud histórica, la novela y el filme cumplieron con el papel de acercar el pasado común entre España y Guinea Ecuatorial a generaciones enteras de españoles y guineanos que nunca habían oído ni visto nada sobre esta Historia, o al menos nada contado de este modo. Otro libro menos famoso, que trata de la conexión entre esos dos mismos lugares, es Guinea en Patués, resultado de una investigación hecha por José Manuel Brunet, José Luis Cosculluela y José María Mur, en el período 2006-08. La edición bilingüe castellano-patués (el dialecto propio de la zona) contiene un DVD con entrevistas a hombres y mujeres del valle con vidas cruzadas entre España y Guinea. Por razones obvias, los testimonios directos recogidos alcanzan sobre todo al período de los años cincuenta y sesenta, así que el misterio inicial de por qué un hombre de este remoto valle pegado a Francia decide irse a la entonces Guinea Española queda sin resolver: "Dicen que le dejaron 50 pesetas de las que había en Chía... y dicen que se marchó congosto abajo. Dicen también otras cosas pero, aunque se sepan, él no las dijo ni para que las supiésemos ni para que se contasen. Así que, llegados a este punto, el lector es amo y señor de preguntar al protagonista todo cuanto desde la intemporalidad quiera o pueda responder." La historia real parece tener que ver, una vez más, con los Claretianos y su espíritu misionero desarrollado incluso dentro de la península: en 1870 habían recorrido el valle de Benasque, entonces muy aislado y pobre, y en 1876 deci-



El pionero Mariano Mora, de Chía, junto con un padre claretiano en la Finca Constancia. Guinea Española, circa 1910. Colección OQNVCQNS.

dieron fundar un colegio en Barbastro por el que es bastante posible que pasara Mariano Mora. Lo cierto es que se tienen noticias de él en Santa Isabel a partir de 1900 vinculado a las primeras grandes explotaciones de cacao en la isla de Fernando Póo y apoyado, de algún modo, por los Claretianos. El cacao no es originario de Guinea, pero fue el cultivo que resultó más rentable de todos los que los propietarios españoles probaron cuando cayeron los precios del aceite de palma, el producto autóctono de la isla. En esas condiciones, la progresión económica de Mariano Mora es muy rápida a lo largo de la primera década del siglo XX: obtiene más terrenos y funda, entre otras, la Finca Sampaka en 1906. En 1913 se casa en Barcelona con Antoñita Llorens, acaudalada descendiente de la burguesía catalana. Muere sin descendencia en 1917

por una enfermedad tropical y es su sobrino Joaquín Mallo, que había llegado desde Chía en 1908, el que toma el cetro del pequeño virreinato pirenaico en Guinea. Joaquín Mallo era el mayor de los siete hijos de Casa Presín y había viajado a Santa Isabel para ayudar a su tío en los negocios guineanos. Llegó a ser presidente del Consejo de Vecinos de la ciudad en 1918 y desde 1922 simultaneó sus intereses en la colonia con su carrera política en la península. Desde su puesto de diputado en Cortes por la provincia de Huesca, obtenido por el Partido Republicano Radical en 1931, contribuyó en su valle de origen al desarrollo de infraestructuras muy necesarias. Lo cierto es que con su hermano Jesús y su cuñado José Mora pusieron en marcha una red de empresas e intereses que llevaron a muchas otras personas de Chía y alrededores

a trabajar por temporadas a las fincas de cacao de Fernando Póo. En Guinea en Patués también puede leerse: "Por la parte baja de nuestro valle las casas ricas iban tejiendo sus alianzas, emparentándose, y haciendo así una buena cantera de donde saldrían los jefes que dirigirían las empresas de Fernando Póo (...) y los encargados de las fincas surgirían de los demás pueblos cercanos. Primero, las casas emparentadas con las casas nombradas; después, los parientes de los parientes, amigos, vecinos y conocidos." No se entiende bien este movimiento migratorio colectivo sin tener en cuenta las difíciles condiciones de vida del Valle de Benasque a principios del siglo pasado, cuando deja de ser lugar de paso preferente a Francia y sus famosas mulas pierden importancia como medio de transporte. De la misma manera es fundamental conocer las centenarias costumbres hereditarias y las relaciones de fidelidad fraternal de las Casas. En los valles del Pirineo es muy importante la Casa a la que perteneces, su nombre no tiene porqué coincidir con tu apellido, pero hay que mencionarlo cuando te presentas. Así, se debe decir que Mariano Mora era de Casa Castán, aunque acabó siendo de Finca Sampaka. Ambos lugares son reales y siguen en pie; sin embargo, Pasolobino, el nombre que Luz Gabás puso al pueblo del que parte el protagonista de Palmeras en la Nieve, está tomado del bello topónimo de un pico de la Sierra Negra, no muy lejos de Chía.

Subo por la carretera que va a Francia. Va cayendo la luz, estoy entre chien et loup, como dicen a aquel lado de la frontera. Los bordes se llenan de nieve que empieza a cuajar, también mi coche: el limpiaparabrisas no da más de sí. La ruta se estrecha para cruzar el congosto y en la calzada no hay raya divisoria desde Campo. La salida natural del Valle de Benasque siempre fue hacia el norte, camino arriba por el Hospital de Peregrinos, quizás por ello se ha mantenido esa mezcla de catalán, aragonés y gascón, lo llaman patués las últimas dos mil personas que lo hablan. José María Mur, de Casa Pelós y uno de los autores de Guinea en Patués, me cuenta en un bar de su Benasque natal: "El valle se empezó a despoblar hacia 1900, quedándose en un tercio de su población en pocos años. El montañés es austero y vio una oportuni-

"Dicen que le dejaron 50 pesetas de las que había en Chía... y dicen que se marchó congosto abajo. Dicen también otras cosas pero, aunque se sepan, él no las dijo ni para que las supiésemos ni para que se contasen. Así que, llegados a este punto, el lector es amo y señor de preguntar al protagonista todo cuanto desde la intemporalidad quiera o pueda responder."

Guinea en Patués - J.M. Brunet, J.L. Cosculluela, J.M. Mur

dad de oro en Guinea. La riqueza la hicieron rápido allí abajo, sospechosamente rápido, aunque la mayor parte de la gente que fue, estuvo unos pocos años y luego volvieron a casarse aquí y a montarse algo" Sobre la posible relación entre las estructuras jerárquicas de las casas familiares del valle y las fincas de cacao de Fernando Póo me dice: "Aquí la Casa la heredaba el primogénito y sus hermanos se quedaban en ella con el compromiso de trabajar para el mayor a cambio de cama, comida y poco más. Esta estructura feudal se empieza a romper cuando llegan las compañías de electricidad al Pirineo, en el que introducen algo tan inédito a finales del siglo XIX y principios del XX como el jornal. Muchos hermanos segundones, tercerones y demás se alistaban en el ejército, se metían a cura o se iban a trabajar a las eléctricas o para los Mallo-Mora a Guinea. Era la manera de escapar del hermano mayor, salir de la Casa y poder construirse una vida propia". Subo hasta Chía por el camino lleno de curvas que se eleva sobre el valle, cruzo un túnel excavado en la roca y me acuerdo de lo que leí anoche en Guinea en Patués: "Dicen que el dinero de la carretera de Chía (200.000 pesetas de entonces) lo tuvo que prestar Joaquín Mallo al Estado. En dineros guineanos". El pueblo es pequeño, está vacío y en silencio, muchas casas de piedra parecen cerradas. Ha dejado de nevar, pero el frío de enero ha congelado el agua que cae por las calles. Camino con cuidado hasta la parte alta del lugar y veo una valla que cierra un terreno en el que destaca una casa grande que ha quedado extrañamente separada del pueblo. A la vuelta, descubro el cementerio junto a la iglesia; unas pocas cruces destacan sobre el blanco. Abro huella y me acerco a leer las tumbas. Descubro algunas de las palabras mágicas: Familia Nerín-Mallo, pone en una modesta lápida con flores secas cubiertas de escarcha. Bajo hasta la plaza y entro en el Bar La Serreta, son las nueve y media y acaban de abrir. Lo lleva un hombre llamado Carlos; no es del valle, pero gestiona con su mujer este local que hace también de tienda y que el Ayuntamiento subvenciona para mantener algo de vida en el lugar. Tiene la estufa de leña encendida, me pido un té. Pregunto y escucho, en ese orden: "Ahora en invierno, deben de quedar cincuenta personas en el pueblo, no más.

Cuentan que en los años sesenta había más hombres de Chía en Guinea que en Chía". Se abre la puerta y entra un tipo con buena planta. Ojos claros, cara angulosa, barba de anteayer y una chaqueta The North Face. Se llama Javier Abentín, de Casa Taberna. Le muestro el libro que he traído, vemos las fotos y empieza a hablar: "Nací en Santa Isabel en 1964, soy el pequeño de cuatro hermanos. Mi padre estuvo 22 años allí y era mi madre la que iba y venía. Llevaba una finca que no era suya en la que cultivaban café y, sobre todo, cacao" Acerca de su relación con Guinea, añade: "La gente siempre me pregunta, es sacar el DNI y tener que contar una historia: yo también soy africano, lo que pasa es que nací de día", bromea. Me dice que no quiere que le retrate y me despacha con educada elegancia: "Yo no tengo muchos recuerdos. Mi hermano, el que vive en Zaragoza, ese sí que tiene fotos y podría contarte más cosas". Un par de hombres llegan al bar, uno de ellos parece cazador y tiene una radio abierta desde la que se oye hablar en patués. "Nada, que no nos queremos morir los viejos" creo entender que dice la mujer que acaba de entrar a por el pan recién subido. Es Felicitas Mur, tía de Javier y esposa de Jesús Pallaruelo Mallo, "familia de los jefes", aclara bajando la voz. Su marido estuvo diez años en Guinea, pero ella nunca fue. Pone nombre a todos los hombres que salen en las imágenes de Guinea en Patués mientras los señala uno a uno con mano temblorosa. Tampoco se deja hacer fotos. El habitante más joven de Chía pasa por el bar a media mañana y es recibido como si fuera de la familia. Tiene un año, se llama Pablo y es hijo de Elena Nerín, que vivía de soltera en Casa Castán - la misma de la que partió el pionero Mariano Mora -, pero que ahora es de Casa Sansón. "La casa grande de arriba del pueblo es Casa Castán, ¿la has visto? Toda la madera para hacerla la trajeron de Guinea. Ahora está cerrada, mi padre viene en Zaragoza y sólo viene a veces. Si quieres entrar tienes que volver en Semana Santa o el día de la Fiesta de la Patata de Chía, cuando el pueblo se llena de gente".

La casa central de la Finca Sampaka fue construida con madera escandinava hace más de cien años. Desde la baranda de su primer piso veo los secaderos de cacao, los alma-

cenes, parte de los antiguos patios y algunas nuevas construcciones. Al otro lado de la valla hay dos casas, una rosa y otra azul, que parecen de antiguos trabajadores. Hombres y mujeres pasan caminando, la ropa tendida se acaba de volver a mojar y unas gallinas piteotean entre los charcos. La gente de Chía fundó la Finca Sampaka alrededor de 1906. La explotación, establecida sobre terrenos adquiridos a un liberto llamado Samuel Parker, fue conocida en todo el mundo por la calidad de su cacao. Actualmente es de las últimas fincas de este fruto que sigue en activo en Guinea Ecuatorial, aunque su producción es menor que en los años sesenta. Recorro los cuatro laterales del edificio pintado de verde, me siento en una mesa preciosa en la terraza. La vivienda está cerrada y cuando me acerco a las ventanas el contraste es tan fuerte que apenas puedo ver nada por las rendijas de contraventanas que las cierran. En una de sus paredes exteriores cuelga un colorido cuadro que muestra el edificio de la factoría Casa Mallo de Santa Isabel antes de la independencia, un bello edificio colonial que fue completamente tapado hace poco con una estructura gris y azul de aluminio y cristal. Desciendo por la emblemática escalera de piedra para buscar la mejor perspectiva del camino de entrada jalonado con enormes palmeras reales. No es tan espectacular como en Palmeras en la Nieve, de hecho, la película no pudo rodarse en Guinea, aunque eso no importó para que el nombre de este mítico lugar se volviera a escuchar en España. No está Luis Acevedo, el empresario español que en los años noventa recuperó y diversificó las actividades de la finca a través de la empresa CAMASA (Casa Mallo S.A.), pero tenemos permiso para recorrer a voluntad sus casi 1.000 hectáreas. Héctor López Arango, el escritor que me acompaña de nuevo, conoce el lugar desde que era un niño y venía con su padre. Me enseña los antiguos secaderos de cacao que justo ahora están en marcha. Todo es de un bellissimo marrón dorado, huele dulce y parece que hemos retrocedido varias décadas. Los granos son extendidos de modo uniforme sobre una estructura de piedra calentada por unos hornos que hay bajo ella, como una gloria inmensa, mientras son movidos lenta y continuamente por una maquinaria única en el mundo. Nos

encontramos con Edu, el hijo del jefe, lleva el pelo rubio recogido en una coleta y un colgante con la silueta del continente africano, lo acompaña una chica guineana que nos saluda tímidamente. "Estáis en nuestra casa" nos dice el joven Acevedo. La sensación de tiempo detenido se prolonga en los almacenes: madera, sacos de arpillera y maquinaria centenaria; todo en sepia. Vamos fuera, ha salido el sol, una sierra eléctrica se oye cada vez más fuerte. El camino está cortado por dos tecas gigantes que tiró el tifón de anoche, los troncos de madera tienen el mismo color de la luz que recuerdo del secadero y el almacén. Llegamos a la llamada Ceiba de Felipe González, un árbol recto e inmenso que impresionó al expresidente español cuando visitó Guinea y Sampaka en 1992. "Lo raro de esto es que ni el castellano, ni el catolicismo, ni el cacao, ni tan siquiera la ceiba -que aparece incluso en la bandera del país- son originarias de Guinea... todo lo trajeron los españoles..." me dice, con su habitual perspicacia, Héctor. Aparece Luis Jover, un asturiano que trabaja en Sampaka como mano derecha de Luis Acevedo. Le pregunto por una historia que me contó el fotógrafo Carlos Spottor- nor sobre otro asturiano llamado Manolín, muchos años empleado de Sampaka y célebre por cocinar fabadas en el ecuador. "Ya se jubiló... está mayor, pero viene a Guinea todo lo que puede, le gusta mucho esto... yo creo que no se acaba de acostumbrar a Asturias", me contesta. Luis nos enseña nombres de extrañas flores que no conocía: bastón de rey, ave del paraíso, flor de cera y nos dice que hay una familia de trabajadores desgranando cacao un poco más arriba. Según nos acercamos vamos viendo árboles del cacao con los frutos en diversos estados de maduración y tratamiento: blancos por el sulfato, verdes selva, amarillos dorados, marrones rojizos... Una vez más, la escena parece de otro tiempo: hombres y mujeres de diferentes edades están sentados en corro bajo los árboles, alrededor de una montaña de piñas de cacao. Con un certero golpe de machete cogen un fruto del montón. Con otro más profundo, ya con él sobre la mano, abren la piña, de la que sacan los granos envueltos en una deliciosa masa blanca que es la que guarda el dulzor. La cáscara se lanza mecánicamente a la espaldia y la mezcla de grano y pulpa viscosa la echa cada uno en su cubo. Otro puro.



Carretera de Chía, Valle de Benasque - España, 2017.



Secadero de cacao en Finca Sampaka. Isla de Bioko - Guinea Ecuatorial, 2017.

José Gabás



CASA FARRERO BIEJO, BISAURRI - ESPAÑA, 1921

El último de los hombres que fueron a la Guinea Española que sigue viviendo en el valle. Está perdiendo la memoria, ya no recuerda que estuvo dos veces en el país: en los tiempos de la colonia trabajando en las fincas de los Mallo-Mora y en los años ochenta en una explotación maderera en el continente.



Almacén de cacao en Finca Sampaka. Isla de Bioko - Guinea Ecuatorial, 2017.



Hombres de Chía en las fincas de cacao sostienen una boa. Fernando Póo, circa 1930. Proyecto Guinea en Patués. Fototeca DPH.



José Gabás con un compañero trabajando en una explotación maderera del continente. Guinea Ecuatorial, circa 1985. Proyecto Guinea en Patués. Fototeca DPH.

Me alojo en el Hotel Pirineos, en Castejón de Sos. La economía del Valle de Benasque cambió cuando construyeron la estación de esquí en Cerler en los años setenta: la gente pasó del sector primario al terciario, de las vacas a los hoteles, los restaurantes y los comercios. Quería haber pasado la noche en el Hotel Casa del Río, me habían dicho que el dueño tenía una historia guineana que contar, pero estaba completo. Al final la casualidad ha hecho que localizara en la residencia de este mismo pueblo al último hombre que estuvo en Guinea y vive aún en el valle. Pregunto en recepción por José Gabás, que aunque comparte apellido y territorio con ella, no es familia de la autora de Palmeras en la Nieve. Me lo presentan. Tiene la mirada vidriosa de los que están olvidándose de todo y esa piel fina con heridas de la gente mayor. Se apoya en un bastón, aunque, cuando se mueve, se intuye la fuerza rebelde de un cuerpo que no se resigna. Un hombre de los de antes. Cabal. Primeras preguntas, ruido de media mañana, trajín de enfermeras y cuidadoras. Habla despacio. Le cuesta arrancar. No me esperaba. Yo tampoco sabía si lo iba a encontrar.

“No me acuerdo, estuve allí mucho tiempo... No me acuerdo de nada..., del año no me acuerdo..., me acuerdo de que yo era joven...”

“La primera vez fui en barco, el viaje fue largo... No sé cuántos días tardamos en llegar, pero muchos... Salimos de Barcelona... Volví en avión, me parece...”

Le pregunto detalles de cómo eran el trabajo y la vida diaria. Me mira sin verme y tarda mucho en contestar. Habla poco, cada frase le supone un gran esfuerzo. Le doy las gracias todo el tiempo. No le gusta. Dejo de hacerlo. De repente se le ilumina el rostro y encuentra algo que contar.

“Yo estuve con Mallo y Mora, a mí me llevaron ellos. Estos de Presín eran los que lo manejaban todo y fueron ellos los que me

mandaron para allá... La vida allí era jodida; si había comida, comías; si no, pues no... pero a la cama, que mañana será otro día... Lloviera o no, tenías que trabajar igual... había que hacer lo que salía: cacao, café, madera... Todo era muy verde... El cacao se recoge en grano y se tuesta en la misma finca... yo he estado en todas... En Sampaka no, era de otros..., no de Mallo y Mora... era de los ricos de Chía, de los de arriba, de Casa Castán... Era buena la Finca Sampaka, mejor que todo lo de Mallo y Mora... tenían mucho, pero no era tan bueno... no sé si entre ellos eran familia o no... Yo trabajaba con los morenos, me llevaba bien con ellos, son personas como nosotros... hablaban español y pichinglis... lo aprendí enseguida y les decía “fulbag” y “quik” para que llenaran la bolsa rápido... Cuatrocientos hombres había en mi patio... primero estaba solo y luego me mandaron a otro... allí el trabajo no se termina nunca...”

Un compañero lo distrae. Un sollozo a lo lejos. Alguien entra quejándose del frío que hace en la calle.

“Me acuerdo muchas veces de Guinea... Allí a las seis se hace de día y a las seis se hace de noche, muy rápidamente... Solo teníamos libres los domingos... bajábamos poco a Santa Isabel, estábamos lejos de la ciudad... Entonces aquel era un país rico... sí, hombre... había mucha gente de por aquí, de Chía había muchos... nos veíamos en las Fincas... Había varios patios: primero, segundo... y en cada patio cuatro o cinco blancos..., lo mínimo dos..., casi todos los blancos que había eran de este valle... me parece que no queda ninguno ya... están todos muertos...”

Uno de los mejores momentos del video que acompaña al libro Guinea en Patués es aquel en el que tres vecinos de Chía repasan los hombres que estuvieron en Guinea, al principio sentados en la plaza del pueblo, y

“Me acuerdo muchas veces de Guinea... Allí a las seis se hace de día y a las seis se hace de noche, muy rápidamente... Solo teníamos libres los domingos... bajábamos poco a Santa Isabel, estábamos lejos de la ciudad... Entonces aquel era un país rico...”

después repasando casa por casa. Se confunden unos a otros, repiten nombres y acaban parando cuando se acercan a la treintena. Fueron unas ciento cincuenta las personas del Valle que se supone llegaron a irse, la mitad solo de Chía. Casi todos varones. Hombres que fueron servir a las mismas casas ricas del valle, pero a miles de kilómetros de distancia.

“Yo me marché de aquí con mujer, ella se quedó con su madre. Pocos hombres llevaban a sus mujeres allí... había muchos mosquitos y mucha malaria... allí hace mucho calor siempre, se suda todo el tiempo... Era un país rico aquel... para mí, vamos... Yo estuve bien, allí te pasa de todo, bueno y malo..., me acuerdo más de lo malo... Yo fui allí por el dinero, a no gastar... y ahora para estar en un sitio de estos... Cuando volví trabajé con camiones... he estrenado cinco, y transportaba cosas por aquí...”

Para intentar ayudarlo a recordar su segunda etapa en una Guinea Ecuatorial ya independiente, le enseño su foto de los años ochenta que aparece en el libro Guinea en

Patués: “Yo sé que he estado con los españoles y luego con Obiang... pero no me acuerdo bien... Sin gafas no veo... puede ser que sea yo el de la foto con la madera, pero no sé ni quién es ese que está conmigo... Obiang es el jefe, ahora el hombre más rico del mundo... es el dueño de todo...”

Una generación entera se está quedando en blanco. Reconstruir la memoria colectiva resulta aún más difícil cuando se pierden los testigos directos. Mientras recojo, se me acerca otro hombre que está en la residencia. Me habla de que Jesús Barañac, de Casa Muria, estuvo muchos años en Guinea y que también está vivo. Me dice que cuenta mas de cien años, pero que tiene la cabeza muy bien y que lo único malo es que vive en Lloret de Mar. En la puerta me cruzo con Julia Mur, otra mujer que estuvo en Guinea. Le pregunto si quiere hablar. Me dice que otro día, que tiene que ir a misa. Pienso que casi nunca hay otro día. Salgo. Sol de invierno. Montañas nevadas. Sombras largas. Son las doce. Oigo campanas.

LA CONQUISTA DEL *Continente*



El comisionado alemán y el Gobernador Ángel Barrera junto al hito nº1 en la frontera de Misia, Guinea Española, circa 1910. Archivo General de Palacio / Patrimonio Nacional.

La presencia española en las tierras continentales del Golfo de Guinea no se hace efectiva hasta bien entrado el siglo XX, cuando a partir de 1904 se declaran oficialmente estos territorios como "colonias de explotación económica". En los años siguientes se desarrollará un plan de ocupación militar, que propiciará la colonización comercial y cultural, cuyo eje principal será la construcción de carreteras para romper la oscura impenetrabilidad del bosque. "Una luz especial, rara, filtrada, que no produce sombra, que no viene del cenit ni del horizonte sino que viene de todos lados, ilumina débilmente estos paisajes." tal y como la describía Manuel Iradier. Gracias a la mano de obra conseguida mediante prestación, más o menos voluntaria, de los llamados indígenas y siguiendo esos nuevos caminos de perfección que atraviesan la selva, llegará la Guardia Colonial y la extensión de las órdenes religiosas con sus misiones religiosas y formativas. Ambos factores traen consigo la aculturización de los fang, uno de los últimos pueblos africanos en tener contacto directo con el hombre blanco; esto mismo les había ocurrido a los bubis de la isla unas décadas antes.

Vidas Paralelas: El Gobernador Ángel Barrera & El Teniente Ayala

Ángel Barrera, que gobernó Guinea entre 1909 y 1925, organizó diversas exploraciones por la colonia en las que llevaba regalos para ganarse a los fang e intentaba, según cuenta Gustau Nerín -profesor universitario que conoce Guinea y esta época como nadie- en el catálogo de la exposición Ikunde: "... llevar a cabo lo que el Gobernador denominaba política de atracción: estaba convencido de que los guineanos se apuntarían a trabajar en las empresas coloniales cuando se habituaran a las mercancías que podían comprar con dinero.". A menudo se considera que el colonialismo de España en África es más leve que el resultante de otras políticas coloniales gracias a unas características propias: la innata vocación africana y la tendencia misionera de los españoles, así como una ausencia total de actitudes racistas, como quedaría demostrado por la amplia difusión del mestizaje. Resulta una tesis muy discutible: concretamente sobre la relación entre racismo y mestizaje, el mismo Gustau Nerín en su Guinea Ecuatorial, historia en blanco y negro aclara que es algo que parece no depender tanto de la identidad intrínseca de las metrópolis como de las cir-

cunstancias, concretamente de algo tan prosaico como la cantidad de mujeres blancas en las colonias. Barrera era Capitán de Fragata, pero de algún modo se comportaba como un civil: quiso conocer Guinea sobre el terreno y le preocupaba su trabajo, algo que queda claro por la gran cantidad de informes y cartas que hacía llegar a sus superiores. Creía firmemente que una colonización justa era viable y tuvo que enfrentarse en muchas ocasiones al poder creciente de los Claretianos, de los que criticaba que, además de hacer su labor de expansión de la religión católica, quisieran controlar en exclusiva la educación al tiempo que se convertían en propietarios y administradores de cada vez más tierras y fincas agrícolas.

La cabeza de los europeos no entiende la naturaleza del bosque ni la de las personas que viven en él. Por eso, lo primero que hacen las autoridades españolas es lo acordado en la Conferencia de Berlín como condición para poder explotar los nuevos territorios: medir, contar y trazar líneas rectas. ¿Dónde está el norte? ¿Cuántas hectáreas tenemos? ¿Desde dónde hasta dónde es nuestro? ¿Dónde ponemos los puestos militares? ¿Cuánta gente (o cuántas almas) hay aquí? ¿Cuánta madera? Lo siguiente que suele generarse son documentos, con sus letras y, si es posible, con sus fotos: ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? ¿Seguro que eres tú? Cuentan que en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, en Madrid, se guardan unos extraños objetos que servían para que los desnudos fang llevaran sus salvoconductos. También es cierto que, según las costumbres guineanas, los habitantes de un poblado podían cobrar tasas o pedir regalos a quien quisiese cruzar sus dominios. Ambas tradiciones -la europea y su obsesión con los papeles y la africana y su tendencia al peaje-, parecen haber cristalizado en Guinea en un extremo control de movimientos, una patente fragmentación del territorio y una generosa proliferación de las llamadas barreras, arbitrarios espacios de control que las diferentes autoridades sitúan en las carreteras de todo el país.

Líneas, Fronteras & Barreras

La delimitación de las fronteras con el Camerún, adjudicado a los alemanes, y con el Gabón, dominado por los franceses, fue una lenta tarea para las autoridades españolas, además de estar sujeta durante años

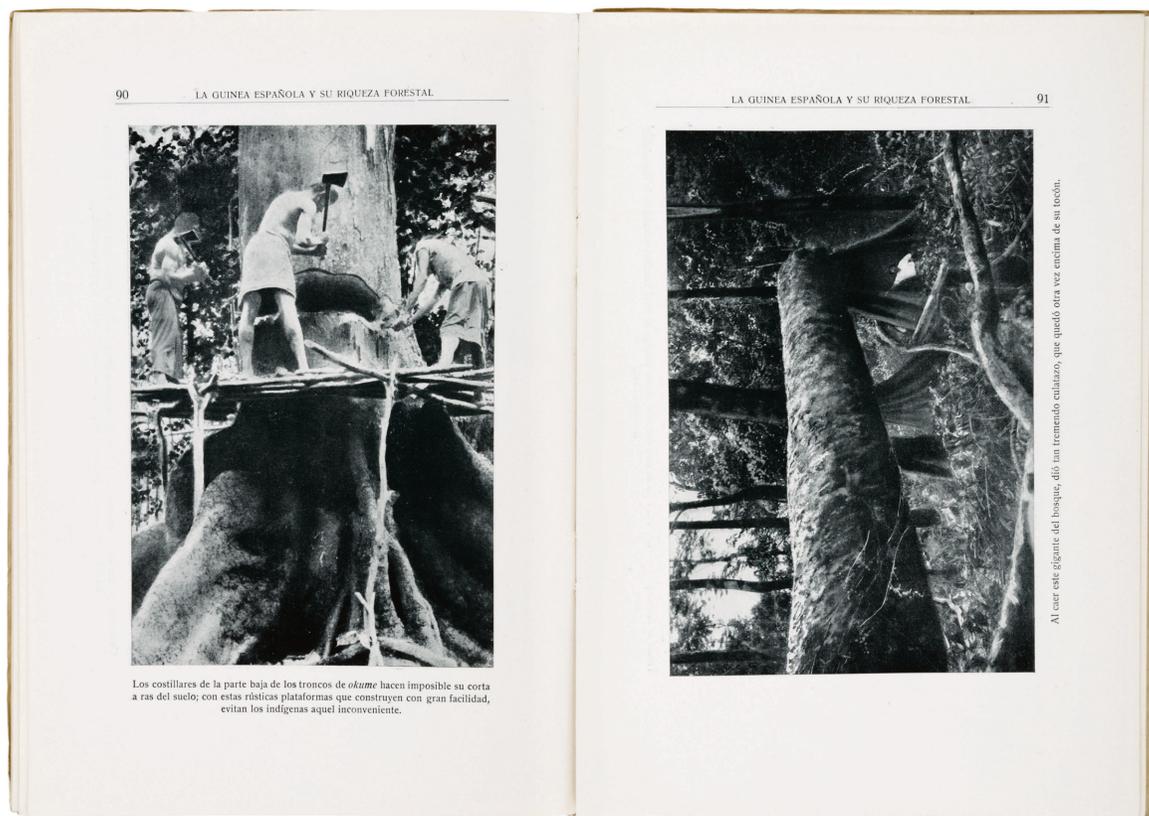
a intercambios territoriales varios respecto al reparto original. Trasladar, sin referencias más allá de los ríos, lo dibujado con escuadra y cartabón a un terreno y delimitar la movilidad de los fang en el bosque sólo empezó a ser posible cuando se establecieron unos puntos estratégicos, separados por una distancia fija basada en criterios militares, que dieron lugar al particular mapa de la actual Guinea Ecuatorial. Ebebiyín, Mikomeseng, Mongomo... fueron, y siguen siendo, lugares fronterizos clave. La infraestructura básica de esos puntos unidos por caminos recién abiertos solía contener un puesto de la Guardia Colonial, una misión-colegio-capilla y una factoría, en cualquier orden de llegada. La acción colonizadora no hubiera sido posible sin el concurso de personajes como el temido Teniente Ayala -protagonista de Un guardia civil en la selva, otro libro de Gustau Nerín- que, en sus casi veinte años en la Guinea Española, pasó del Ejército de Tierra a la Guardia Colonial, fue también gancho o seguidor de mano de obra, y acabó sus días en la colonia como comerciante y rico finquero. Ayala llegó en 1917 a Santa Isabel para ayudar a gestionar la situación provocada por los miles de soldados cameruneses que habían luchado por Alemania en la Primera Guerra Mundial y habían entrado en territorio español. Poco después dejó el Ejército y se pasa a la Guardia Civil; en 1921 es destinado al remoto Mikomeseng, situado en la frontera norte del territorio continental. Tiene como misión asegurar la españolidad de la zona, para lo que cuenta con pocos recursos, pero con mucha libertad de acción: fuerza las prestaciones poco o nada remuneradas para la construcción de carreteras y sabotea el sistema de poder fang nombrando como jefes de tribu a los más afines a España. Durante un par de años se comporta como un pequeño dictador y en 1923 es trasladado a Bata para ser subgobernador. En 1925 va a Santa Isabel, desde donde pasa a dirigir la Guardia Colonial, un controvertido cuerpo formado entonces por alrededor de trescientos efectivos africanos dirigidos por unos cuarenta mandos españoles procedentes muchos de ellos de la Guardia Civil. "La moralidad deja bastante que desear... piense Vd. todo lo mal que pueda, y aún se quedará corto..." le escribió Barrera sobre ellos al Presidente Maura en una misiva que se recoge en Un Guardia Civil en la selva. En 1926, bajo la Dictadura de Primo de Rivera, se crea la Dirección General de Marruecos y Colonias, y Miguel Núñez de Prado, militar de la línea dura, sustituye a Ángel Barrera como Gober-

nador General. Ese mismo año se rompen los acuerdos con Liberia que proveían de trabajadores a las fincas de cacao de Fernando Póo y, durante varias temporadas, se produce una escasez de mano de obra que propicia el traslado de hombres fang a la isla por períodos de, en principio, dos años. Unos reclutamientos en los que participan como comisionistas el Teniente Ayala y la Guardia Colonial repitiendo el modus operandi puesto en marcha para las prestaciones destinadas a la construcción de la obra pública en la parte continental. Este movimiento de población fang a la no tan cercana Fernando Póo constituye la primera migración interna que alteró, entonces levemente, el equilibrio étnico; otro de los aspectos clave para entender la especial idiosincrasia de un país que, después de la independencia, pasaría a llamarse Guinea Ecuatorial e integraría islas y continente. En 1928 tu consideración no dependía de si eras fang, bubí o descendiente de cualquier otro grupo costero o isleño africano; con la nueva legislación sólo había dos tipos de negros: o eras emancipado y tenías los mismos derechos que los españoles o, como la gran mayoría, eras no emancipado, eras tratado como un niño y estabas sometido al Patronato de Indígenas, una institución creada en 1904 inspirada por las Leyes de Indias, que supuestamente te protegía. Gustau Nerín acaba resumiendo la situación a finales de los años veinte del siguiente modo: "Occidente se había impuesto a los salvajes. Atrás habían quedado los tiempos de los intrépidos pioneros y empezaba la era de los colonos más acomodados."

No hay transporte público ni es fácil moverse en el continente, pero finalmente he conseguido alguien que me saque de Bata. Quiero llegar a Cabo San Juan, uno de los primeros lugares donde se asentaron los Claretianos. Hemos quedado a las 8:30, tampoco he podido dormir bien hoy. Mi ventana se ha abierto con el viento y me ha parecido oír a alguien merodear en torno a la casa. El conductor me llama a las 8:00. Ya está en la puerta de la Finca Asonga, la propiedad de la Cooperación Española donde me alojo. Salgo: taxi oficial, coche blanco de banda azul y asientos de leopardo. Un tipo alto y fuerte vestido con camisa del PDGE me dice que la cara de Obiang siempre facilita las cosas. Se llama S. y pone rumbo sur. Me informa de que hay al menos un peaje oficial y cuatro barreras en nuestro camino. Circunvalamos la ciudad por la autovía cerca del estadio. Llegamos a la primera barrera, nos cierran



Mapa de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea.



La Guinea Española y su Riqueza Forestal // Instituto Español de Investigaciones y Experiencias. Madrid - España, 1930. Colección Kike León.

“Occidente se había impuesto a los salvajes. Atrás habían quedado los tiempos de los intrépidos pioneros y empezaba la era de los colonos más acomodados.”

Un guardia civil en la selva - Gustau Nerín.

el paso dos bidones oxidados y un palo largo cruzado entre ellos. El responsable va de paisano, lleva sombrero y parece haber bebido. Le damos 1.000 cfa, diez veces más que el coste del peaje oficial que acabábamos de cruzar. Seguimos. Atravesamos la selva a 100 km/h por buenas carreteras recién construidas. Apenas hay coches, los pequeños pueblos se sitúan a los lados de la vía y, entre población y población, se observa gente caminando por la cuneta. “En Ebebiyin todo es mejor, las casas son de cemento. No de madera como por aquí” me cuenta orgulloso el conductor. En la segunda barrera cerca de Misobong un hombre uniformado me pide el pasaporte y, de inmediato, dinero para una Fanta. Le doy 500 cfa. Cruzamos una gran extensión de bosque virgen donde se supone que viven elefantes y gorilas. Lo único que vemos es un enorme

pájaro blanco y negro que cruza sobre nosotros dándonos sombra. También esqueletos de coches accidentados devorados por la vegetación a los lados de la carretera. Lluvia, brilla la línea blanca de la divisoria, bajamos a 90 Km/h. Tercera barrera: misma estructura de bidones y palos. Ninguna prisa. Un joven vestido con una camiseta con una estrella roja nos deja pasar por 1.000 cfa. Me asombra la quietud de S., la seguridad que tiene en sí mismo y el lenguaje corporal tan medido con el que contesta y soborna. “Yo soy un hombre recto, así”, enfatiza mientras pone su mano derecha firme y en línea, “nunca he fumado ni bebido”, añade. Veo mujeres cargadas con leña en sus cestos. Más adelante un grupo de niños, cabras y perros se quitan de la calzada cuando les pitamos. Cuarta barrera, parece más seria: un policía bien uniformado con go-

rra y AK-47 nos pide los pasaportes y la hoja de ruta. Esto es nuevo e intuyo que nos va a costar más caro que los trámites anteriores. Hablan en fang. “Dame ese mil”. El agente se gira pero, justo antes de abrir la cadena, vuelve sobre sus pasos y se dirige a mí por la ventana del copiloto. Me pide un dos mil por registro de documentación. Se lo doy. Cruzamos el pantanal del río Aye. Árboles de altas raíces parecen arañas gigantes metidas en el agua. No hay cobertura de móvil y los pueblos son cada vez más pobres. El poblado de Cabo San Juan está junto a una playa de arena blanca tapada por tetra-briks de vino El Tío de la Bota. Hay palmeras y una veintena de casas cerca. Respiro el aire fresco y veo el cabo un poco más al sur, como un dedo verde que entra en el mar. Nos llama un hombre pequeño vestido con un polo rojo muy sucio. Asegura

ser de la policía del municipio. No habla fang. Nos pide que lo acompañemos a comisaría: una casa de madera vacía por dentro. Dos tipos están sentados en una mesa mirando hacia la puerta por donde entramos. Veo a la izquierda un tablero de ajedrez debajo de un banco corrido, tienen también chapas para jugar a las damas, por un instante pienso que acaban de interrumpir la partida y se han sentado justo ahora mismo. El que se presenta como comandante nos pregunta sobre nuestras actividades, aunque se adelanta a mis respuestas diciéndome que me ha visto por televisión. “Ayer estabas en Asonga Televisión y hoy estás aquí, en Cabo San Juan”. La tensión se rebaja, pero nuestra situación es grave, insisten en que un taxi de Bata no puede haber llegado hasta aquí. La larga charla acaba cuando el conductor deja ver dos billetes de



Postal coloreada y manuscrita enviada desde la Finca Montserrat a París - Francia. Fernando Póo, 1907. Colección OQNVCQNS.



Última postal de la colección Vistas de Guinea, publicada por Ediciones Patrióticas. Pabellón de la Guinea Española en la Exposición Iberoamericana. Sevilla, 1929. Colección OQNVCQNS.

2.000 cfa. Asunto resuelto. Me acerco a las antiguas casas de los españoles, recorro las ruinas de la fábrica de jabón y aceite de palma que había aquí. Una mujer mayor me sonrío. El conductor limpia el coche con el agua de una botella y ponemos rumbo norte. Nueva ruta, nuevas barreras. Estamos cansados, nos acabamos las galletas y S. me da un chicle de menta. “Trabajé durante dos años con una camion en la construcción de la carretera a Oyala, pero eso se acabó y me compré este taxi con lo que me pagaron al final”. El paisaje es verde pero hostil. Se desata una tremenda tormenta y ponemos el aire caliente para que no se empañen los cristales. Pienso en morir estrellado o partido por un rayo. Vemos una serpiente y un pangolín expuestos junto a la carretera. Recién cazados y a la venta. Preguntamos precio. No compramos nada hasta que nos cruzamos con un caminante que lleva una rata gigante cogida por el rabo. Freno de mano. Paramos a negociar en medio de la carretera. La metemos al maletero por 3.000 cfa. Un par de kilómetros después, un hombre mayor marcha a buen paso bajo la lluvia. A modo de maleta, lleva en cada mano un pequeño antilope aún vivo, con las patas atadas por la trampa y los ojos brillantes y tristes. Otros 3.000 cfa y uno de ellos va también al maletero, con la rata. “Rata con tomate y antilope con chocolate”. Al final del viaje, cerca de un lugar llamado King, un militar borracho me hace cantar con él el himno del Real Madrid, el nuevo. Coge un billete de 1.000 cfa y nos abre la barrera. Hala Madrid, Hala Madrid y Nada Más... y Nada Más...



La reconstrucción de una dinámica imperial en África – léase Marruecos y Colonias- y vinculada a la antigua América española mediante la idea de Hispanidad, explica que se celebrara en Sevilla la Exposición Iberoamericana de 1929, una muestra de ambi-

ción internacional, pero de alcance más bien doméstico. En ella se incluye un espacio sobre Marruecos y otro llamado Pabellón de la Guinea Española, construido específicamente con materiales efímeros traídos de la colonia, pero con una arquitectura étnica de libre interpretación. La mayor parte de su terreno es destinado a un gran patio central en el que “58 guineanos representan su propia existencia”, según define con precisión Luis Ángel Sánchez Gómez en el número 224 de Hispania, la Revista Española de Historia. Los militares y los políticos implicados en asuntos africanos parecían distinguir muy bien entre los infieles, con los que había vínculos históricos y un cierto respeto cultural; y los negros, a los que se trataba de salvar a los que había que civilizar y, de paso, explotar. Las personas traídas de Guinea al conjunto ferial en el que lo público (Administración, Claretianos en Misión de Estado...) y lo privado (Socogui y otras Compañías de madera y cacao) presumían simultáneamente de la labor realizada en Guinea, servían “para dar una nota de color y vida” y eran tratadas como parte de la escenografía, al igual que los animales, plantas y objetos que llegaron desde Santa Isabel hasta Sevilla a bordo del Joaquín Piélagos: gorilas disecados, mapas ilustrados, catecismos en idiomas africanos, cayucos de una sola pieza, cráneos humanos, árboles del cacao y, para cerrar el círculo, un chimpancé supuestamente perteneciente al Teniente Ayala. Además, los visitantes del Pabellón que lo desearan podían adquirir una colección

de 120 postales editadas por Publicaciones Patrióticas en huecograbado. La serie ayudaba, como una foto-finish de la misión civilizadora, a fijar la imagen de la colonia en las mentes de la metrópoli. El título del conjunto, Vistas de Guinea, era el mismo que el del libro con el que los claretianos habían obsesionado al Rey Alfonso XIII, aunque las imágenes eran distintas que las seleccionadas en 1915. Las fotografías, difundidas durante años juntas o por separado, en marrón o en verde, constituyeron un intento de demostrar visualmente la superioridad moral, tecnológica y económica de España sobre los Territorios Españoles del Golfo de Guinea. El relato ganador fue el de la domesticación del Otro, siguiendo la terminología del libro El pame imaginado de Raúl Sánchez Molina: el Homo Anthropophagus ha sido convertido en Homo Infantil, todo ello en menos de un siglo y, a juzgar por la colección de postales, sin rozarlo. Para medir el grado de apartheid visual en una colección cualquiera hay un sencillo procedimiento: calcular su Superficie de Contacto. Aplicado a las 120 imágenes de la colección Vistas de Guinea, el resultado es Superficie de Contacto = 0, lo que quiere decir que las personas blancas y negras no se tocan entre sí en ninguna de las fotografías. Misión cumplida: los salvajes, que no tenían ni palabra para el color del cielo porque el bosque no les dejaba verlo y el mar les quedaba lejos, habían sido salvados por España, la última nación de Europa en abolir la esclavitud. A partir de ahora, los niños llamarían azul al azul, como Dios manda.



1778-1929

DEL TRATADO DE CESIÓN CON PORTUGAL A LA EXPOSICIÓN IBEROAMERICANA DE SEVILLA

La compleja Historia entre España y Guinea Ecuatorial ha dejado a muchos de sus protagonistas en tierra de nadie, convertidos en apátridas emocionales a medio camino entre dos mundos. A casi todos les cuesta contar su historia y algunos, después de hacerlo, prefieren no dar sus nombres ni mostrar sus rostros. Algo similar ha pasado con las fotografías, los archivos y los documentos: muchos han desaparecido o están dañados para siempre, no ha sido fácil resistir el paso del tiempo, el azote de lo humano ni la exigencia del clima.

Este proyecto busca romper la inercia de la Materia Reservada: quiere dar voz y poner rostro a esas personas, sacar a la luz esos archivos, documentos y álbumes familiares, así como fotografiar lugares y objetos que, mezclados con todo lo anterior, ayuden a hablar de lo que no se habla, ver lo que no se ve y sentir lo que no se siente...

Todo comienza con una mentira: el Reino de España necesita un lugar en África en el que conseguir esclavos e intercambia unas desconocidas tierras con Portugal. Tras un primer intento de toma de posesión, el territorio es abandonado durante casi un siglo. Después de la Conferencia de Berlín, la metrópoli comienza su misión civilizadora siguiendo el tradicional modelo de espada y cruz.

La escritura y la fotografía llegan prácticamente al mismo tiempo a muchos de los territorios del Golfo de Guinea. Desde ese momento, la imagen despliega todo su poder documental y aparece dentro de informes corporativos, como complemento a publicaciones técnicas y científicas o formando colecciones destinadas a satisfacer la curiosidad por lo exótico de los habitantes de la metrópoli.

PARTICIPANTES (POR ORDEN DE APARICIÓN)

C. Héctor López-Arango Gerardo Jones Fausto Luis Dougan Trinidad Morgades Carlos Sánchez Padre Carlos	José María Mur Javier Abentín Elena Nerín Edu Acevedo José Gabás S. Fernando García Gimeno	Raimon Daunis Serra Erika Reuss Elisa Pinto José Menéndez Donato Ndong Ramón Sales Baldov X. Lulumba	Marian Davies África Ndong Carlos Ubenga J.J. J.K. Victor Manuel Martínez Juan Tomás Ávila Laurel	Rita Bosabo Desirée Bela-Lobedde Gloyer Matala Melibea Ovono Riwata
---	--	--	---	---

AGRADECIMIENTOS

Guillermo Alonso Rubén H. Bermúdez Inés Plasencia Ricard Oliva Gustau Nerín Enrique Martino Héctor López-Arango Lucía Mboimó Francesca Bayre	Pere Ortín Observatori de la Vida Quotidiana (OVQ) David López Fernando Martínez José Martínez Rafael Trapiello/ Nación Rotonda C.P. Nicaragua Quinta 1973 Manuel Gala	Yeison F. García López Kalou Mandela Marina Reina Miriam Mora Isabel Fernández Bea Luengo María Canudas Jose Manuel Pedrosa Alfonso Armada	Fernando Sáez (MNA) José Luis Mingote (MNA) Luis Pérez (MNA) Kike León (AECID) Alvaro Ortega (AECID) Julia Díez Priscilla Llazca Finca Sampaka (Camasa) Martí Llorens	Rebecca Mutell María Santoyo Carlos Spottorno Domenico Chiappe EFTI NOPHOTO
--	--	--	---	--

ARCHIVOS

Arxiu Pairal (Archiu Claretiano de Vic) Archiu General del Palacio Real Museo Nacional de Antropología Archiu Claretiano de Luba	Arxiu Fotogràfic de Barcelona Fototeca Diputación de Huesca Archiu Lucía Mboimó Archiu Hernández Sanjuán-Hermic Archiu Erika Reuss	Archiu Fernando García Gimeno Archiu Familia Pinto Archiu Iberia Archiu Adolfo Obiang Biko Archiu Ikunde / ONQ	Archiu José Menéndez Archiu Héctor López-Arango Archiu de Imágenes Por Encontrar Colección Ramón Sales Archiu Kike León	Archiu África Ndong Archiu Carlos Ubenga Archiu Marisol Rojas Colección Marina Reina Colección OQNVCQNS
--	--	--	---	---

PROYECTO OQNVCQNS

IDEA, FOTOS Y TEXTOS
Juan Valbuena

PRODUCCIÓN TÉCNICA
Carla Oset

ASESORÍA
Sandra Maunac

DISEÑO IDENTIDAD
Koln Studio

EXPOSICIÓN

COMISARIADO
Juan Valbuena

DISEÑO EXPOSITIVO
Koln Studio

IMPRESIÓN
Control P

ENMARCADO
Estampa

PUBLICACIÓN

EDICIÓN
Juan Valbuena / PHREE

EDICIÓN DE TEXTOS
Julia Valbuena

PREIMPRESIÓN
Eduardo Nave

IMPRESIÓN
Calprint

DISEÑO EDITORIAL
Koln Studio

ISBN
978-84-943635-8-0

D.L.
M-19246-2018

www.ojosquenovencorazonquenosiente.org

Fundación BBVA

Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores y Creadores Culturales 2016 de la Fundación BBVA.

COLABORADORES



CENTRO INTERNACIONAL
DE FOTOGRAFÍA Y CINE



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

